

# MAS LÍBRANOS DEL MAL

Jose M. Ortega Melero

1ª Edición: Octubre 2010  
© Jose M. Ortega Melero 2010

ISBN: 978-84-9981-093-5  
DL: M-46860-2010

Impreso en España / Printed in Spain  
Impreso por Bubok Publishing

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni  
parcialmente, sin el previo permiso escrito del autor.  
Todos los derechos reservados.

A Arantxa,  
*por soportarme durante tanto tiempo y,  
incomprensiblemente, seguirme queriendo.*



# Índice

PRÓLOGO	7
CAPÍTULO 1	9
CAPÍTULO 2	17
CAPÍTULO 3	23
CAPÍTULO 4	31
CAPÍTULO 5	39
CAPÍTULO 6	45
CAPÍTULO 7	49
CAPÍTULO 8	55
CAPÍTULO 9	59
CAPÍTULO 10	63
CAPÍTULO 11	73
CAPÍTULO 12	79

CAPÍTULO 13	87
CAPÍTULO 14	95
CAPÍTULO 15	101
CAPÍTULO 16	107
CAPÍTULO 17	113
CAPÍTULO 18	123
CAPÍTULO 19	131
CAPÍTULO 20	137
CAPÍTULO 21	151
CAPÍTULO 22	157
EPÍLOGO	169

# PRÓLOGO

¿Creen ustedes que un loco es consciente de serlo? ¿Se han parado a pensar dónde está el límite entre la locura y la cordura?

Es muy posible que sea una línea muy delgada y fácil de traspasar. Yo tengo muchas dudas de mi estado mental. En estos momentos de mi vida no sabría asegurarles si estoy cuerdo o si he franqueado ese límite del cual dicen que no hay retorno. Quizá sólo por el hecho de planteármelo ya me esté respondiendo, quizá no.

¿Puede una persona manipular su mente a su antojo? Cruzar al lado más oscuro de la locura y regresar recuperando todas las facultades mentales, ¿es posible?

Ciertamente no sabría responder, y soy consciente que es una pregunta demasiado complicada.

Lo que sí puedo asegurarles es que, desde tiempos ancestrales, somos muy capaces de manipular la mente de los demás, de la gente que nos rodea, de nuestros seres queridos, de nuestros

compañeros en este gran escenario llamado la Tierra.

Muchas de las grandes ideologías políticas han manipulado, durante muchos años, a sus adeptos, llevándoles incluso a la destrucción, tan sólo por llegar al poder. Sí, el poder. Esa sensación que invade a las personas en tiempo récord y consigue envilecer incluso a la persona más bondadosa que se pueda encontrar. No debería ser así pero, en los últimos tiempos, la política se basa en llegar al poder a cualquier precio y después mantenerse a toda costa, y, durante todo ese tiempo, manipular a todos cuantos se pongan en el camino, en su propio favor.

No podemos olvidar a la religión, ni mucho menos. Tantos y tantos siglos engañando, recaudando e incluso matando, en nombre de una divinidad que nadie ha visto y nunca verá, tan sólo para mantenerse en liza, gracias a los millones de creyentes que, aportaron, aportan y aportarán su fe, su dinero y su sudor, para el lucro de los altos cargos de las iglesias que seguirán muchos siglos más moviendo los hilos de todo este entramado.

Pero ellos al menos tienen algo en qué creer. ¿Qué pasa cuando ya no sabes que creer, cuando tus sentidos te traicionan, cuando no sabes que te manipulan, cuando no sabes en quién confiar..?

¿Creen que un loco es consciente de ello?



# CAPÍTULO 1

*¿Han conocido la felicidad alguna vez? No me refiero a pequeños detalles que proporcionan satisfacción temporal, como un ascenso en el trabajo, comprar un coche o una casa nueva, tener un hijo... La felicidad es esa sensación global de que tu vida está completa; que te gusta tu trabajo, más allá del cargo desempeñado y la remuneración; que no necesitas nada material para mantener un estado de ánimo equilibrado; que eres capaz de formar una familia y, con todas sus obligaciones y preocupaciones, te sientes orgulloso de ello. Les pregunto: ¿son ustedes felices?*

Aparté las manos de mi cara para mesarme el cabello y me sequé las gotas de sudor que cubrían mi frente. Me levanté de la silla, donde llevaba más de una hora viendo como dormía mi mujer.

Llevaba ya cuatro años viviendo en Sant Feliu de Guíxols y aún no me había acostumbrado al clima. Ese bochorno infernal, que te dejaba sin respiración, seguía robándome horas de sueño. Eran las seis de la mañana y aún me quedaban treinta minutos hasta que sonara la estridente alarma del despertador, pero ya sabía que me sería imposible dormir más. Me acerqué a la mesita de noche y desconecté la alarma del despertador. Me senté en la cama y volví a observar a mi mujer. En breve haríamos un año de casados y no me acababa de acostumbrar a llamarla “mi mujer” en público, cosa que Raquel también detestaba. Acaricié su dorado y sedoso pelo ondulado mientras seguía en los brazos de Morfeo. Tenía un aspecto angelical. Estaba tumbada de lado, mirando hacia la parte interior de la cama, y podía admirar toda su belleza. Raquel era realmente la mujer más atractiva que había conocido, y no pasaba un sólo día sin que diera gracias por la suerte de poder compartir mi vida con ella. A pesar de ser mediados de Julio, Raquel siempre se ponía algo de ropa para dormir. Esta vez había tocado un

pantalón corto de color blanco, que dejaba a la vista gran parte de sus esbeltas, bien torneadas y perfectas piernas, y una camiseta de manga corta, que no conseguía esconder su ya demasiado protuberante vientre, fruto del estado de buena esperanza. A pesar de haber ganado unos cuantos quilos, era la embarazada más bella del mundo. Me acerqué más para tocar su redonda barriga, que albergaba a nuestro hijo, de ocho meses de gestación. Estuve unos diez minutos acariciándola suavemente hasta que decidí prepararme para ir al trabajo.

Si existía la felicidad, esto era lo más parecido.

Abrí lentamente la puerta del lavabo haciendo el mínimo ruido posible. Me acerqué a la ventana y, después de echar un vistazo al mar, la abrí. Una suave brisa me golpeó la cara al asomarme. El olor a salitre inundó mis fosas nasales y me dispuse a vislumbrar el espectáculo, sonoro y visual, sólo por el cual ya valía la pena vivir en esta población. Estaba a punto de amanecer y el cielo empezaba a teñirse de un color anaranjado en el horizonte, mientras las olas rompían parsimoniosamente en la arena de la playa. Un barco pesquero se acercaba lentamente al puerto, dejando tras de sí un reguero de gaviotas, haciendo parábolas imposibles en el aire y emitiendo su quejumbroso graznido, que parecía un triste reclamo de caridad a los

pescadores, para que compartieran su botín del día. El sol fue apareciendo poco a poco, desperezándose y alumbrando lentamente el Passeig del Mar de Sant Feliu, avivando el color de las hojas de sus plataneros y pinos. El típico olor a mar de cualquier localidad costera no podía faltar en esa acuarela, tan real, que se estaba dibujando ante mis ojos. Las máquinas de limpieza municipales ponían también su efecto sonoro, cuales solistas de orquesta improvisados, mientras arreglaban y limpiaban la playa.

Decidí despertar del encantamiento en el que estaba sumido para acercarme al espejo. Me afeité tranquilamente, para después embadurnarme la cara con una crema, “anti envejecimiento” “anti arrugas” y “anti” muchas cosas más, que me había comprado Raquel, y que yo, con mil excusas, casi ni había usado. Y para finalizar mi aseo habitual, una buena ducha con agua fría.

Me vestí con unos vaqueros y una camiseta negra y lisa, para un nuevo día de trabajo en los Mossos d'Esquadra, cuerpo al que pertenecía desde hacía ya más de ocho años. Empecé mi carrera en el cuerpo en el Área Básica Policial de Vielha, cerca de mi población natal, Naut Aran. Después de un par de años en la Unidad de Seguridad Ciudadana, conseguí ascender a sargento, en una dura, trabajada y disputada promoción entre dos compañeros que también optaban al puesto cómo yo. Más adelante, después de conocer a Raquel en

unas vacaciones en la Costa Brava, decidí pedir el traslado a la Unidad Regional de Investigación de Sant Feliu. Pensé que hacía bastante tiempo que no veía a mi padre, precisamente desde que abandoné Naut Aran para venir a Sant Feliu. Cuando ciertos recuerdos quisieron salir a la luz, cerré los ojos con fuerza y despejé mi cabeza pensando en Raquel, y cómo nos conocimos en la tienda de “souvenirs” que sus padres aún regentaban. Raquel siempre había vivido en Sant Feliu, y no existía nadie, ni nada, capaz de arrancarla de allí.

Me quedé unos minutos mirándome en el espejo, absorto en mis pensamientos. Aquel rostro que se reflejaba ante mí estaba a punto de llegar a la cuarentena, y me parecía algo imposible. Desde mi adolescencia, los años habían pasado a un ritmo demasiado rápido, y se me hacía muy extraño verme como un hombre ya maduro. Mi cabello, negro y corto, empezaba a llenarse de canas. Las arrugas asomaban a mi cara pero, aún así, había un aire juvenil en mis ojos oscuros. Raquel siempre me decía que seguía conservando todo mi atractivo, y yo quería creerla.

Cuando estuve listo posé mis labios con delicadeza en el rostro de Raquel, deseándole unos buenos días, y sin obtener respuesta alguna por su parte salí de casa.

Aunque la temperatura era más fresca en la calle a esas horas, el bochorno continuaba empapando mi

cuerpo, que seguía sin acostumbrarse y parecía añorar el clima de Naut Aran, bastante menos cálido. El sol ya calentaba las hojas de los grandes plataneros del paseo y, mientras la ligera brisa las mecía plácidamente, me encaminé a mi religioso desayuno en la cafetería “Passeig de la Platja”, a unos escasos doscientos metros de casa. Un café con leche, un pequeño bocadillo de queso y el “Diari de Girona” no faltaban nunca a la cita. La cafetería, situada en el mismo paseo, disponía de una terraza, a cubierto de un gran platanero, cruzando la calle, pero yo siempre prefería sentarme en una de las mesas de hierro forjado del interior del local, en el rincón más alejado de la barra. Aún no había dado el primer bocado al bocadillo cuando Joan se sentó a mi mesa, como cada mañana desde ya no recordaba cuando. Joan era un hombre unos diez años mayor que yo, o eso aparentaba ya que no parecía malgastar mucho su tiempo en cuidados a su piel. Le conocí en aquel mismo local unos años atrás, poco después de mi llegada a la localidad. Un buen día me pidió permiso para sentarse en mi mesa, aunque casi todas estaban desocupadas. Le invité a sentarse y desde entonces faltó a muy pocos encuentros con mi regular desayuno antes del trabajo. Pasábamos un buen rato disfrutando de nuestra mutua compañía en silencio, roto tan sólo para comentar alguna noticia del diario, que siempre leía yo. Había llegado a la conclusión de que era un hombre solitario, que tan sólo con esa pequeña porción de convivencia con el resto de la humanidad

podía subsistir sin problema alguno. A Joan no le agradaba mucho el trato con la gente y siempre añadía que todos le miraban mal y le odiaban. Incluso una vez estuve a punto de creerle al ver a la camarera de turno cambiar su gesto, extrañado al mirar en su dirección, a uno más amable y sonriente cuando capté su atención.

Ese día no parecía uno muy diferente del resto. Joan apenas había hablado ni había tocado su café solo, que siempre le pagaba yo, cuando le dije que me iba y le deseaba un buen día. Pagué la cuenta en la barra observando a la joven camarera mirando con semblante extraño en dirección a nuestra mesa, pero aparté la idea del odio imaginario hacia Joan.

Salí del local y me dirigí hacia mi coche, un Renault Megane del año 2003, que pedía a gritos un descanso, mientras pensaba que estaba a punto de empezar otra monótona jornada laboral en este pueblo, demasiado grande para serlo pero demasiado pequeño para ser ciudad, en el que nunca pasaba nada, o eso creía yo.





## CAPÍTULO 2

*El miedo es ese estado de alerta que hace que el cuerpo humano produzca adrenalina, en situaciones de peligro, y podamos reaccionar físicamente mejor a dichas situaciones. Pero la sociedad actual está orientada a mantener a la población en un miedo diferente, y así poder ejercer un estado de sumisión al sistema. Miedo a perder nuestra fuente de ingresos, miedo a las multas de tráfico, miedo a no ser aceptado, miedo a perder estatus social, miedo a las represalias por no aceptar las reglas marcadas, miedo, miedo, miedo...*

*Y ustedes, ¿a qué tienen miedo?*

El Renault Clio de color blanco redujo la velocidad para poder tomar bien la rotonda del final de la carretera de Palamós. Avanzó lentamente por el Passeig dels Guíxols hasta la siguiente rotonda, donde entró en la zona de aparcamiento en batería del paseo. El motor se detuvo, dejando como únicos sonidos los de las gaviotas y las hojas caídas de los plataneros, que danzaban al compás marcado por la ligera brisa levantina. Del coche descendió una joven, de entre veinticuatro y veintiséis años de edad, ataviada con una corta falda tejana y una camiseta de tirantes que dejaba al descubierto un generoso escote. La chica, de pelo moreno y rizado y piel muy bronceada, llegaba de poner en liza sus armas seductoras junto a sus amigas, a quienes había acompañado a sus respectivas casas, en varios pubs de Platja d'Aro. Su nueva y provocativa indumentaria le había dado resultados, por fin ese tonto de Pere le había hecho caso. Habían estado hablando durante dos horas, hasta que sus amigas le habían fastidiado la noche haciéndola regresar más temprano de lo habitual. De todas formas estaba muy contenta con su avance, y mientras atravesaba el paseo en dirección al ayuntamiento no podía apartar la sonrisa de su boca. Llegó a la altura del ayuntamiento y cruzó la Plaça del Mercat, dirigiéndose a la calle Joan Goula, una de las

callejuelas perpendiculares al paseo, donde vivía con sus padres. A esa hora de la madrugada no solía haber mucha gente por las calles de Sant Feliu, y la joven estaba acostumbrada al sordo eco de sus tacones en el asfalto, pero le pareció escuchar un ruido a sus espaldas. Giró el cuello sin detener su marcha pero no consiguió ver nada ni a nadie. Tac, tac, tac, tac...

Tan sólo el sonido de sus tacones. Siguió avanzando mientras repasaba mentalmente su armario, ya que en un par de semanas tendría su primera cena a solas con Pere. Tendría que elegir entre el vestido negro ceñido, que tanto resaltaba su esbelta figura, o un conjunto de falda y top de color beige que tampoco le quedaba nada mal. Sus sentidos de alarma se volvieron a encender al escuchar un nuevo sonido. Esta vez se detuvo y se dio la vuelta completamente. Nadie, y por toda compañía un silencio absoluto. Las farolas, de hierro pintado de negro, imitando las de otra época, iluminaban bien la estrecha calle. Allí no había absolutamente nada. Siguió su camino, esta vez acelerando el ritmo. Tan sólo la separaban escasos cien metros de casa. Se le hacía difícil caminar rápido con los tacones, corría peligro de caer y hacerse daño, y en ese caso no podría estar estupenda para su cita. El sonido alto y claro de unos pasos tras de ella le puso el pelo de la nuca de punta, y se asustó hasta tal punto que empezó a correr, como buenamente pudo. No quiso ni mirar

hacia atrás. Tenía la vista fijada cincuenta metros más adelante, en el portal de la casa de sus padres. Decidió bajar de la acera, bastante alta, y aceleró como pudo, luchando por mantener el equilibrio y no torcerse los tobillos. Detrás de ella le pareció escuchar como alguien también aumentaba su ritmo. Apenas veinte metros le faltaban para llegar a la puerta cuando decidió parar y enfrentarse a su perseguidor. Paró en seco y se volvió mostrando su cara más peligrosa, pero su gesto enseguida le cambió al de desconcierto. Lo único que había tras ella era el húmedo aire nocturno de Sant Feliu. Sin detenerse a pensar mucho cubrió los últimos metros a largas zancadas mientras buscaba las llaves en su bolso.

Al llegar a la puerta y sacar las llaves echó una última ojeada en todas direcciones, sintiéndose un poco absurda por su infantil reacción. Probablemente algún gato o, peor aún, el volumen alto de un televisor de algún vecino, le habían hecho huir como alma que lleva el diablo. Por fortuna nadie la había visto, y la vergüenza que sentía pasaría rápido. Al agacharse un poco para atinar la llave en el bombín, le cayó al suelo el llavero, se puso en cuclillas, lo recogió y al incorporarse fue cuando notó un cálido aliento en la nuca, que hizo que se le erizara el vello de todo el cuerpo. Un fétido aliento a cerveza le llegó a la nariz, y la seguridad de que había una persona detrás suyo, casi tocándola, la dejó petrificada. Se preparó para un golpe, para un

tirón del bolso, para un navajazo, pero nada de eso ocurrió. Los segundos de espera se estaban haciendo eternos. Por fin, se armó de valor para enfrentarse a quién quisiera que estuviera a sus espaldas. Pero no tuvo tiempo de girarse. La sorprendió un leve pinchazo en el cuello, a la altura de la yugular, que en principio la dejó algo aturdida, y unos segundos más tarde le nubló la vista, hasta que todo quedó a oscuras, lamentablemente para ella, para siempre.



## CAPÍTULO 3

*A las personas nos sorprenden cosas diferentes: una visita inesperada, un regalo, una negativa a una propuesta, que florezcan unos sentimientos que pensabas olvidados...*

*¿Pero qué pasa cuando la sorpresa va más allá de un individuo o un grupo reducido de personas?*

*Las reacciones que suceden después de una mala noticia general en una población, van desde la tristeza hasta la indignación, y perturban la paz de la localidad.*

*¿Qué harían ustedes para contener a una población exaltada?*

El bochorno estival de Julio volvió a despertarme antes de hora. Estuve un rato en la cama acariciando a Raquel, sin pensar en nada. Más tarde anduve por la habitación, en penumbra, más de media hora, preparando la indumentaria para otro largo, tranquilo y aburrido día de trabajo. Entré en el lavabo para encarar mi rutina de aseo diaria y, de paso, perderme, durante unos minutos, por el horizonte de la bahía de Sant Feliu. Prácticamente una hora después de haberme despertado, llegué a tiempo a la mesita de noche para detener la alarma del despertador plateado, que me regalaron mis compañeros en clara alusión a mi falta de puntualidad, antes de que sonara. Mis primeros meses en la unidad de Sant Feliu fueron un infierno, ya que el calor no me dejaba dormir por las noches, y solía llegar tarde a diario, cosa que me provocó más de una reprimenda de mi superior. En la primera cena de Navidad que celebré con mis nuevos compañeros, me obsequiaron con un despertador nuevo, en el habitual regalo navideño del “amigo invisible”, que no puede faltar en cualquier cena de empresa en esas fechas. Me dispuse a partir, no sin antes dar un suave beso al vientre que albergaba y nutría a Dídac, el que sería mi primogénito. Los primeros rayos de sol y las gaviotas me acompañaron hasta la entrada de mi



cafetería favorita, donde los barrenderos municipales, ataviados con chalecos reflectantes, se esforzaban por recoger las hojas de platanero que invadían la calle. Entré en el local y recogí el “Diari de Girona” de la barra y me senté en la mesa de siempre, donde, en apenas dos minutos, se personó la camarera portando mi desayuno habitual, sin haber tenido que pedirlo, y el café de Joan, que ya estaba sentado en la silla contigua sin siquiera haber captado mi atención. La camarera, una joven morena que siempre tenía cara de pocos amigos, limpiaba y ordenaba, a su manera, las mesas del local mientras yo apuraba mi desayuno y acababa el primer vistazo al diario.

- ¿Que tal Joan? Parece que el calor apretará hoy aún más.

Joan asintió con la cabeza. Ya estaba acostumbrado a sus escuetas respuestas, pero de tanto en tanto seguía intentando mantener conversación con él, lo cual era muy complicado.

- Según dicen los expertos la crisis aún durará hasta finales de 2.011, o quizá mediados de 2.012. ¡Suerte que soy funcionario! - bromeé para ver si animaba a Joan.

Joan volvió a asentir, pero esta vez percibí en su rostro algo parecido a una ligera sonrisa. Me pregunté cuáles serían las fuentes de ingresos de Joan. Quizá cobrara algún tipo de pensión por enfermedad, o quizá tuviera un trabajo, aunque las apariencias dijeran más bien lo contrario. Debido a su rostro bastante arrugado y su aspecto frágil y desaliñado, Joan bien hubiera podido pasar por un indigente si hubiera vestido unos harapos. Pensé que sabía bien poco de él, por no decir nada. Pero nuestra amistad, si se podía llamar así, se basaba en esos términos: no inmiscuirse en la vida del otro y disfrutar de más ratos de silencio que de verborrea. Pagué mi desayuno, y el de Joan, y me dirigí al trabajo. El sol ya había hecho acto de presencia y parecía haber animado a más gente a salir de su casa. Tan sólo tardé cinco minutos en cruzar Sant Feliu y llegar a la comisaría, ubicada en la parte alta de la población. El edificio, de cemento pintado de azul y cristal, empezaba a dejarse iluminar por el sol. Al entrar vi a mi compañera Silvia, que atendía el teléfono en la garita acristalada de la recepción, más conocida en el cuerpo policial como “pecera”, y su semblante serio me sorprendió, pues se trataba de una chica de lo más risueña. Me adentré por el estrecho pasillo de color gris hasta llegar a la sala de descanso, gobernada por una vieja cafetera que, a pesar de que muchos decían que aquel líquido no podía ser café, nos suministraba la dosis suficiente de cafeína para pasar el día. Nada más entrar y ver

a Esther y Xevi quejándose de su mala suerte, supe que había pasado algo.

- ¿Ha pasado algo? - quise saber.

- ¿Todavía no te has enterado? - me preguntó Esther.

- No, acabo de llegar.

- ¡Han asesinado a la hija del alcalde! Un asesinato, aquí, en Sant Feliu, ¿lo puedes creer?

- se adelantó Xevi a nuestra compañera, que le lanzó una mirada que le hizo enmudecer.

- ¡Imposible! ¿Dónde? - pregunté con los ojos abiertos como platos por la sorpresa.

- La han encontrado unos chicos, mientras debían fumar unos porros, entre el pabellón y la estación de autobuses, pero parece ser que no la mataron allí - dijo Esther mientras apuraba su café.

- ¿Sabéis algo más?

- Pues no, nosotros hace rato que hemos acabado nuestro turno, y nos han enviado aquí de retén, por si sucede algo, ya que están todas las patrullas fuera.

Me fui a mi despacho dejando a Esther y Xevi que siguieran lamentándose por tener que alargar su

turno hasta Dios sabía cuando. Entré en mi despacho, una fría habitación de color gris ocupada por una mesa con un ordenador y un montón de papeles y carpetas. Me hacía mucha gracia ver en las películas la típica foto de familia encima de la mesa. Yo no la tenía, pues una comisaría era el último lugar con el que deseaba relacionar a mi familia, y casi todos mis compañeros parecían pensar igual.

Encontré una nota en el teclado, y siguiendo las instrucciones de la misma me dirigí al despacho de mi superior, el inspector Ernest.

- Víctor, tenemos un caso de asesinato entre manos y ya nos quema - dijo Ernest a modo de saludo.

- ¿De qué se trata?

- Han encontrado a la hija del alcalde muerta, sin ropa, y atada a unas estacas, con los brazos en cruz y las piernas abiertas. No se descarta la agresión sexual. Tendremos que esperar a la autopsia para saberlo, así como la causa de la muerte. Presenta diversos cortes de arma blanca en el cuerpo, un pentágono y la palabra "Lucifer" grabados en su vientre, probablemente con la misma arma - leyó Ernest de un folio que tenía en su pulcro escritorio.

- ¿Un asesinato ritual? - pregunté extrañado.

- Es lo primero que he pensado, pero no podemos descartar nada. Lo único que te puedo asegurar es que tendremos mucha presión encima y poco tiempo para la investigación. Ni que decir tiene que la familia del alcalde quiere respuestas ya - comentó Ernest visiblemente fastidiado por la situación.

- Haré lo que esté en mi mano. Me gustaría echar un vistazo. ¿Está todavía allí el cadáver?

- No, el juez ha ordenado el levantamiento del cadáver y debe estar camino del instituto anatómico forense, pero encontrarás aún a algunos agentes tomando fotos. He pedido un informe preliminar para primera hora de la tarde. Mañana por la mañana necesitamos algo, lo que sea.

Me dirigía hacia la puerta cuando Ernest me llamó y al girarme vi a un hombre entrado en la cincuentena, con el cabello negro y parcialmente canoso, visiblemente muy cansado, en el que poco quedaba del vigor de tiempos atrás. Pensé que había dormido poco aquella noche y me compadecí de él pensando en la presión que tendría que aguantar en los próximos días.

- Víctor - dijo, después de una pausa para llamar mi atención -, nos jugamos mucho en esta

investigación. Vamos a tener mucha presión de las autoridades locales y, según me acaban de informar, los amigos de la víctima están en la calle clamando venganza. Lo último que necesitamos son jóvenes justicieros patrullando las calles.

## CAPÍTULO 4

*En este mundo siempre ha habido belleza y siempre la habrá. Pero en los últimos tiempos, la humanidad se ha obsesionado en exceso en conseguirla, como si esto fuera posible. Maquillaje, cirugía estética, máquinas de ejercicio, píldoras devora-grasas...todo en vano, sin darse cuenta que la belleza es algo natural, no artificial. Louis Charles Alfred de Musset dijo una vez: "Más obliga y más puede un bello rostro que un hombre armado". Este poeta francés sabía que la belleza, natural o artificial, bien puede ser muy peligrosa. ¿Qué peligros se esconden tras la belleza?*

Mónica bajó del autobús que acababa de dejarla en Sant Feliu pasadas las once de la noche. Habían sufrido un poco de retraso debido a la salida masiva de coches de Barcelona por el fin de semana. Recogió su maleta del portaequipajes y la dejó en un banco de la estación de autobuses. Sacó el móvil y sopesó la idea de llamar a su amiga Gemma, para que la viniera a recoger, aunque apenas hacía dos horas le había dicho que iría caminando. Realmente la casa de Gemma estaba a cinco minutos desde la estación, pero la incipiente oscuridad hizo que se volviera a plantear la posibilidad. Finalmente desechó la idea y se dispuso a cubrir el tramo que la separaba de casa de su amiga a pie. Había conocido a Gemma hacía unos cinco o seis años, en la Universidad Autónoma de Barcelona, donde ambas estudiaron medicina. Ya habían acabado la carrera, pero aún les quedaba el examen MIR, donde se jugarían su futuro. Dependiendo de la nota de dicho examen podrían hacer o no la especialización que querían, Gemma en oncología y Mónica en forense.

Desde que se conocieron en la facultad, Mónica siempre había veraneado en Sant Feliu de Guíxols, en la casa de Gemma, gozando de su hospitalidad y la de su madre, que era un encanto. En condiciones



normales, nunca hubiera aceptado dicha acogida, pues Mónica venía de una familia muy humilde y detestaba a las personas que lo habían tenido todo fácil en la vida, pero Gemma era diferente, y conseguía siempre convencerla. A pesar de no haber ganado nada con el sudor de su frente, como ella, su amiga era muy buena persona. Aunque detestaba a la gente de un estatus social alto, a Mónica le gustaba el dinero, y siempre soñaba con llegar a ser una forense de reputación, y tener un nivel de vida del que ahora no disponía.

Antes de iniciar el trayecto, sacó de la maleta un suéter negro de manga larga, puesto que a esas horas ya había refrescado, y con la brisa que soplaba tenía un poco de frío. Se miró en las paredes de cristal de la estación para ver que todo estuviera en su sitio. La larga melena de color negro como el ébano se agitaba con el viento, el suéter elegido era bastante ceñido y resaltaba su esbelta figura, y la falda de medio muslo dejaba al descubierto unas largas piernas impecablemente bronceadas por los rayos ultravioleta. Mónica, a sus veintiocho años, era una mujer excepcionalmente bella, y sus penetrantes ojos verdes enamoraban a cualquiera que osara mirarla por espacio de más de dos segundos. Todos los veranos, junto a Gemma, conseguían una buena cantidad de números de teléfono, en sus salidas nocturnas, que guardaban en una caja en la habitación de su amiga, a modo de trofeo. Pero este verano tenía que ser diferente, se

dijo, empezaba a querer sentar la cabeza, y ya estaba harta de ligues de verano. Empezó a caminar y se dispuso a atravesar el aparcamiento, al aire libre, de la Corxera. El aparcamiento estaba ocupado en un ochenta por ciento de su capacidad y lo dominaba la penumbra, ya que casi no había iluminación. Un sonido metálico, no muy lejos de su posición, sobresalió del ruido de las ruedas de su maleta sobre el asfalto. Mónica se detuvo a observar entre los coches, calculando desde donde podía haber surgido el sonido. Después de unos segundos siguió su camino, pensando que serían algunos jóvenes pasándolo bien en algún automóvil. Los coches estaban aparcados en batería, capó contra capó, dejando un carril de separación para el paso de los vehículos. La luna, parcialmente tapada por unas ligeras nubes, era el mayor foco de iluminación en ese momento. Mientras caminaba arrastrando su maleta, por el carril destinado a los coches, creyó ver una silueta moviéndose en el carril paralelo al que ella circulaba, separado por los coches aparcados. Volvió a detener su marcha, a la altura de un gran 4x4 de color negro y echó un vistazo en dirección al lugar donde creía haber percibido el movimiento. Tan sólo logró ver más coches aparcados, pero su desasosiego siguió en aumento. Tiró con más fuerza de su maleta y sus zancadas se hicieron más largas y veloces, reaccionando al ritmo de su corazón, que empezaba a acelerarse. Comenzaba a ver la silueta del teatro municipal, y con él la tranquilidad. La calle del Callao se extendía

hasta la avenida Juli Garreta, pasando por delante del Monasterio de Sant Feliu. Pero lo que más la confortaba era la luz de las farolas, en apenas cincuenta metros dejaría atrás el aparcamiento para entrar en la calle iluminada. Le llegó un olor extraño y paró su rápido avance en seco. Al girar la cabeza hacia la derecha contuvo la respiración y se le heló la sangre. Había alguien allí. Una figura la estaba observando desde detrás de los coches aparcados, medio camuflada en la penumbra. Tenía la certeza de que la estaba mirando, aunque no podía ver sus ojos, ni siquiera podía distinguir el color de su ropa, ni tan sólo si era hombre o mujer. Dejó la maleta en el suelo, apoyada en sus ruedas, y metió la mano en su bolso, dispuesta a sacar su móvil para pedir ayuda. Desechó la idea enseguida, al ver que la figura avanzaba unos pasos hacia ella, y consideró que la mejor opción era la huida. Calculó que la persona que la acechaba tardaría muy poco tiempo en llegar hasta ella, pero no le esperaría, la separaban unos diez segundos, a su máxima velocidad, hasta la calle, donde podría empezar a pedir ayuda a voz en grito. Como si la silueta le hubiera leído el pensamiento, echó a andar hacia la salida del aparcamiento, dejándola con la confrontación como última opción. Decidió olvidar su maleta y se apresuró a llegar a la salida antes que la figura, pero ésta, pasando entre dos coches aparcados con una sorprendente agilidad, le cortó la escapada. A apenas cuatro metros de distancia, Mónica pudo ver por fin a quién la estaba

acechando. Era un chico, que apenas debía llegar a los dieciocho años, de piel blanquecina y completamente vestido de negro. Tenía el pelo largo, y unos mechones de cabello le caían en el rostro, tapándole parcialmente los ojos, pero Mónica pudo distinguir ira en su mirada. Dejó ir un suspiro para serenarse.

- ¿Que quieres? - preguntó al joven adolescente.

Por respuesta tan sólo obtuvo un paso hacia adelante, con un claro efecto amenazador. Dedujo que la conversación sería inútil y repasó mentalmente sus escasas opciones. El joven dio un paso más hacia adelante y Mónica retrocedió. Un atisbo de sonrisa cruzó el rostro del adolescente y se abalanzó sobre Mónica con el puño extendido, buscando golpear su rostro. Mónica, retrocediendo un paso, cogió el brazo de su adversario y, aprovechando la potencia de éste, lo lanzó al duro asfalto a varios metros de ella. El chico profirió un grito sordo, perdiendo todo el aspecto amenazador que había tenido instantes antes. Mónica se levantó rápidamente y se acercó a su rival, que aún se lamentaba en el suelo. Le miró con desprecio y le golpeó con la planta del pie un poco más abajo de la rodilla, que tenía flexionada. El sonido de un hueso roto se habría podido oír a varios metros de distancia, pero aún más los gritos de dolor del joven,

al que se le escapaban las lágrimas. Mónica recogió su maleta, se volvió a acercarse a su fracasado agresor y tras escupirle se alejó lentamente. Parecía que las clases de defensa personal del invierno anterior habían servido para algo.



# CAPÍTULO 5

*Nos hemos acostumbrado a vivir bajo presión. Presión en el trabajo para cumplir los objetivos, presión social para mantener un estatus, presión en tu propia casa para mantener y educar a tu familia. Nadie nos enseña como aguantar la presión, pero la soportamos, cada uno a su manera y algunos mejor que otros. Tan acostumbrados estamos que, ¿sabrían ustedes vivir completamente libres?*

## *ENCUENTRAN MUERTA A LA HIJA DEL ALCALDE Y SE BUSCAN DOS DESAPARECIDAS MÁS*

*Diari de Girona  
Sant Feliu de Guíxols*

*La madrugada del pasado lunes se encontró el cuerpo sin vida de Silvia Esteve, hija del alcalde de Sant Feliu de Guíxols, Felip Esteve.*

*Según las primeras informaciones de los Mossos d'Esquadra, todo parece indicar que se podría tratar de un asesinato ritual. Al parecer la chica de 24 años fue sorprendida cuando se disponía a entrar en su casa, ya que encontraron las llaves en el portal. El cadáver fue encontrado cerca del pabellón deportivo municipal. Sin contrastar aún los datos con el informe forense, parece que Silvia murió desangrada, a causa de los múltiples cortes que presentaba su cuerpo. Según información policial, se busca a dos chicas más, que están en paradero desconocido, entre Sant Feliu de Guíxols y Platja d'Aro, y que podrían estar relacionadas.*

*Todo indica que estamos ante...*

No quise continuar leyendo el artículo, pues ya sabía como acabaría, puesto que eran casi las mismas palabras que yo había redactado en el informe la noche anterior, presionado por el



inspector, antes de finalizar mi turno. Parecía que algún compañero se iba a llevar un sobresueldo por filtrar datos a la prensa. No estaba nada convencido de que fuera un asesinato ritual o no quería creerlo. Prefería pensar que sólo había sido una violación con un exceso de violencia, a consecuencia de la cual, había muerto la chica. Pero las otras dos desapariciones me hacían dudar. No estábamos preparados en Sant Feliu para tres asesinatos. Para más inri, la investigación tampoco avanzaba. Se suponía que los autores del crimen podían ser entre dos y tres personas, por las diferentes marcas de pisadas que se habían encontrado.

- Siempre pensamos que estas cosas no pueden suceder aquí, pero cualquier vecino puede ser un asesino en potencia - comentó Joan, sentado a mi vera como cada mañana.

- Tiene usted toda la razón, pero aún así no deja de ser sorprendente.

Dejé a Joan en la cafetería, después de satisfacer el importe de la cuenta, y puse rumbo a comisaría. Llegué a mi despacho y me dispuse a repasar la poca información de que disponíamos.

Silvia, la víctima e hija del alcalde, había ido a clase de Música, como cada tarde. La víctima tocaba la flauta, y junto con tres amigas iban a la escuela de

Música en Platja d'Aro. Asistieron a la última clase, pues la escuela cerraba en verano, y saliendo de allí se fue con sus tres compañeras a cenar a un restaurante, en la misma localidad, para celebrar el fin de curso. Las amigas declararon que después de cenar habían quedado con tres amigos para tomar una copa, y una vez salieron del local se fueron hacia Sant Feliu. Silvia llevaba el coche, así que dejó a cada una de sus amigas en sus respectivas casas, y luego se dirigió a la suya, donde nunca llegó.

De la declaración de los amigos tampoco había gran cosa aprovechable. Ninguno sabía nada, y uno de ellos, Pere Amat, no estaba en Sant Feliu, había ido a Barcelona a pasar la semana con unos amigos, según sus padres, y aún no debía estar al corriente de la noticia. Una de las amigas refirió que Silvia estaba enamorada de Pere, lo cual abría una pequeña línea de investigación. El chico había salido de casa por la mañana, y yo no creía que estuviera implicado.

En cuanto a las otras desaparecidas, dudaba seriamente que tuvieran relación con el asesinato de Silvia. Las chicas, de 19 y 23 años, no se conocían entre sí, habían desaparecido en días diferentes, y ambas en Platja d'Aro. Hacía ya dos semanas que sus respectivos padres habían denunciado la desaparición, y las investigaciones estaban en punto muerto.

En mi bandeja de temas pendientes vi el informe forense, que constaba de siete páginas, y me dispuse a leerlo detenidamente. Al parecer, ninguna de las heridas de arma blanca ni ninguno de los golpes recibidos había sido mortal. El cuerpo desfalleció a causa del cúmulo de torturas recibidas. No había ninguna señal de lucha o resistencia, ni rastro alguno de los agresores. Pero lo que más me sorprendió fue leer que a la víctima le faltaba un órgano. Una de las múltiples laceraciones era más profunda que el resto, y faltaba el hígado. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo, más aún cuando leí que la apertura para la sustracción del órgano era muy limpia, más propia de algún profesional de la cirugía.

En el análisis toxicológico se habían encontrado muestras de un sedante llamado “Rohipnol”, que permitió que la chica no fuera consciente de la tortura sufrida, y además que no pudiera gritar ni defenderse. El sedante era conocido como “la droga de las violaciones”, ya que se habían dado casos de jóvenes que las habían mezclado en las bebidas de chicas, para luego violarlas. El fármaco, al ser inodoro, incoloro e insípido, podía ser mezclado fácilmente en las bebidas, en su versión de comprimidos. El Rohipnol también podía ser utilizado por vía parenteral, aumentando la rapidez de los efectos al ser inyectado.

Al final del informe se mencionaba que, tanto la estrella de David como la palabra “Lucifer”, se

habían hecho post-mortem, pero no estaba muy claro cuando había sido sustraído el hígado.

Poco, teníamos muy poco donde investigar, y mucha prisa, para no encontrarnos con tres cadáveres y que cundiera el pánico en la localidad. Las autoridades empezaban a presionar cada vez más, y pedían varios informes diarios, a pesar del poco avance realizado. No recordaba haber hablado tanto con Ernest en todo el tiempo que llevaba en Sant Feliu. Mi superior era el que soportaba toda la presión, tanto del ayuntamiento como de los medios de comunicación, y casi cada hora venía a verme, o me llamaba, para ver si había alguna pista nueva, por minúscula que fuera.

No pintaba nada bien, y pensé que aunque resolviéramos el caso, nuestra eficiencia quedaría en entredicho.

## CAPÍTULO 6

*Al llegar a cierta edad, las personas necesitamos un faro para orientarnos. Para unos es el trabajo, para otros una relación estable, y los hay que tienen sus aficiones. Es indiferente, lo importante es tener algo en que centrar nuestros esfuerzos y, en el caso de que otros aspectos de nuestra vida vayan mal, no perder el norte y llegar a buen puerto.*

*¿Qué pasa si se nos apagan todos nuestros faros?*

Abrió los ojos lentamente y la sobrecogió un fuerte dolor de cabeza. Tenía la vista nublada, y la penumbra en la que se encontraba no ayudaba mucho a ver. Movi6 sus extremidades con dificultad e intent6 levantarse. Apoy6 las manos en el suelo, de cemento pulido, para tomar impulso, pero le fue imposible incorporarse. Se tumb6 de cubito supino y volvi6 a abrir los ojos. Pudo distinguir unos fluorescentes bastante grandes, de tama6o industrial, quiz6. Empezaba a pensar con algo m6s de claridad cuando cay6 en la cuenta de que no sabía donde estaba. Mir6 a su alrededor, intentando adaptar su vista a la semi-oscuridad. Maderas apiladas, hierros oxidados esparcidos por el suelo... Sin duda se encontraba en un almac6n, en alg6n tipo de nave industrial. El miedo se apoder6 de ella al no recordar c6mo había llegado allí. Intent6 hacer memoria. Recordaba su nombre, María, y todos los detalles de su vida, tan s6lo no era capaz de evocar c6mo había llegado a ese almac6n. Debía ser alg6n tipo de amnesia transitoria, pens6. Decidi6 gritar para pedir ayuda, pero tan s6lo consigui6 articular un gutural gemido.

Un flash lleg6 a su memoria: estaba en alg6n bar de copas tomando algo con aquel chico tan guapo que había conocido. Sus amigas se acercaban y le

decían que ya era tarde y que se marchaban. Empezó a asustarse. No sabía que hacía allí, y lo peor era que quizá nadie supiera donde estaba. Nadie salvo, quizá, aquel chico. Se sentó en el frío suelo y echó una ojeada a su alrededor. Pudo distinguir unos grandes ventanales, a bastante altura, por donde empezaban a filtrarse débiles rayos de sol. Supuso que estaba amaneciendo y, por tanto, el intervalo de tiempo que faltaba en su memoria debía de ser desde que la dejaron sus amigas hasta que había despertado. Y en todo ese tiempo, tan sólo una persona podía saber que había sido de ella...y este último pensamiento la horrorizó.

- María, María, María... - resonó una voz familiar en la nave.

- ¿Qué me has hecho? - preguntó, moviendo la cabeza para buscar el origen de la voz.

- ¿No te dijeron nunca tus padres que no perdieras de vista tu bebida?

- ¡Hijo de puta! ¿Qué quieres de mí? - replicó con una mezcla de terror e indignación.

- Tranquila, no quiero nada de ti, sólo tengo que matarte.

A María le heló la sangre el calmado tono de voz, y decidió huir de aquel lugar... si lograba orientarse.

- ¿Por qué tienes que hacerlo? - preguntó María para hacerle hablar y que delatara su posición.
- Deberías estar orgullosa cariño. Estamos haciendo algo muy grande, y tu muerte, dará otra vida.
- ¡Tú estás loco! - gritó mientras se le quebraba la voz y las lágrimas aparecían en sus ojos.
- Nada de eso María. Estoy cuerdo, por desgracia para ti. Necesitamos tu cuerpo.

María empezó a temblar al escuchar la voz cada vez más cerca. Entre sollozos echó a correr en dirección contraria a donde procedían las palabras, o eso suponía. El corazón, muy revolucionado por el pánico, parecía que le iba a estallar en cualquier momento. Siguió corriendo por un pasillo entre cientos de palés de madera apilados, mientras el sol iluminaba cada vez más el almacén. Vislumbró una gran puerta metálica al final del pasillo, a unos escasos cincuenta metros. “Un poco más, María, puedes hacerlo”, se animó. Echó la vista atrás y, con alivio, alcanzó a ver a su perseguidor muy lejos, que parecía caminar. Volvió a mirar hacia su vía de escape, y se detuvo en seco. Una corpulenta silueta obstaculizaba su camino. Giró su cuerpo, con asombro, para cerciorarse que estaba atrapada entre dos maníacos. Gritó tan fuerte como pudo mientras empezaba a llorar, pero nadie la escuchó.



# CAPÍTULO 7

*Qué importante es ese amigo que piensa dos veces lo que va a decir, que mantiene la cabeza fría en los momentos difíciles, que nos calma justo antes de que estallemos. En ocasiones no le entendemos, pero siempre parece hacer lo correcto. Deberíamos aprender de él y no perder en un segundo toda la sensatez que nos ha costado una vida conseguir. ¿Por qué nos es más fácil confiar en un amigo que en nosotros mismos?*

- ¡Pero tú estás loca chica! - recriminó Gemma a Mónica.

- ¿Por qué? No me ha pasado nada y tan sólo quiero olvidar lo que ha pasado - objetó Mónica, que no quería ir a dar parte a las autoridades de su intento de agresión.

- ¡Mamá! ¡Dile a Mónica porque debe ir a los Mossos! - gritó Gemma mientras miraba con cara burlona a Mónica.

Dolors, la madre de Gemma, se personó en unos segundos en la habitación. Era una mujer muy baja y rellena, con el pelo moreno y corto, y una cara de bondad muy bien ganada. Mónica hacía mucho tiempo que la conocía, y había disfrutado siempre de su hospitalidad.

- Cielo, deberías ir. Han matado a una chica aquí y han desaparecido dos más. Quizá tu descripción del hombre pueda ayudar - comentó objetivamente la madre.

- Muy bien, iré. Pero sólo para que me dejéis tranquila. ¿Estáis contentas?

Cuando entré en la comisaría, la agente Nuria me hizo un gesto con la mano desde la pecera. Me acerqué y me señaló a dos chicas jóvenes y muy bien parecidas, y me dijo que llevaban casi una hora esperándome, que quizá tuvieran información importante sobre el asesinato. Me acerqué a ellas, que no aparentaban más de veintiséis años, y comprobé que mi primera impresión había sido acertada, eran dos mujeres muy atractivas. Iban ataviadas con sendos vestidos largos, probablemente venían o iban a la playa. Me sorprendí contemplando las piernas de la chica más alta, que quedaban al descubierto gracias a una generosa apertura en el lateral del vestido. Cuando alcé la vista hacia sus ojos supe que se había percatado de mi inapropiada mirada, y me ruboricé levemente.

- Siento que hayan tenido que esperar señoritas.  
En un minuto les haré pasar a mi despacho -  
acerté a decir.

Las chicas asintieron y me dirigí a mi despacho para adecentarlo tan sólo un poco, ya que solía tenerlo bastante ordenado. Esperé unos minutos y fui a buscarlas personalmente.

- Si son tan amables, pueden pasar por aquí y les tomaré declaración - les dije señalando con el brazo la puerta.

Se sentaron en dos incómodas sillas bastante modernas, en mi impersonal despacho, de paredes grises en las que sólo había un calendario de “la Caixa”.

- Buenos días, soy el sargento Víctor Fàbregas. Ustedes dirán - dije a modo de pregunta.

- Hola, yo soy Gemma y mi amiga es Mónica, ayer intentaron secuestrar a mi amiga - contestó la chica más menuda, que parecía ser más extrovertida.

- No, no creo que fuera eso - repuso Mónica fulminando con la mirada a su amiga.

Mónica pasó a describirme el suceso que había tenido lugar la noche anterior en el aparcamiento y dio una escueta descripción de su fracasado agresor. Mi interés por su declaración había ido a menos mientras iba avanzando su relato, aunque estaba siendo muy profesional y les prestaba toda mi atención. O quizá era otra cosa lo que mantenía mi atención.

Me encontraba mirando atentamente aquellos preciosos ojos verdes. Realmente aquella chica era muy guapa y esbelta. De buen seguro los chicos debían pelearse por ella. Yo mismo, si no hubiera estado felizmente casado, hubiera intentado flirtear con la joven. Realmente parecía mucho más joven que yo, pero por lo visto era bastante madura.

En cuanto a su relato, había perdido gran parte del interés, ya que no creía que hubiera relación entre los dos hechos. Más bien parecía un intento de robo fallido. Guardaría la declaración y la descripción, y ordenaría hacer llamadas a los hospitales y centros médicos de la provincia de Girona, por si había aparecido algún individuo con la tibia probablemente fracturada. Aquella chica no parecía tan fuerte, pero no tenía motivos para dudar de su relato. Cuando acabó de explicar los hechos, le pedí si quería intentar identificar al agresor en nuestra base de datos. Disponíamos de un programa informático, que tenía acceso a dicha base, donde mostraba las fotografías de delincuentes fichados, pudiendo discriminar por delitos similares al denunciado. Después de una hora observando a la chica ver pasar fotos, decidimos dejarlo estar. Le extendí una tarjeta con la mano y les dije que no dudaran en llamarme si recordaban algún detalle más, o volvían a ver a aquel hombre. Por mi parte, les llamaría si había alguna novedad. Gemma, incorporándose de la silla, se adelantó a Mónica, y cogió la tarjeta que les

ofrecía y me dedicó, la que seguramente era, la mejor de sus sonrisas.

Después de acompañar a las chicas a la puerta, me acerqué al despacho de Ernest, pues quería comentar el informe forense con él. Llamé dos veces a la puerta e inmediatamente abrí. Mi superior estaba hablando por teléfono, y cuando iba a dar media vuelta, me hizo un gesto para que me quedara.

- Víctor, tenemos otro cadáver - dijo cuando colgó el aparato.

- ¿Otro? ¿Una de las desaparecidas? - atiné a preguntar.

- Por desgracia..., no.

## CAPÍTULO 8

*¿Se indignan ustedes si ven perturbada su paz?  
¿Cuándo la gente a su alrededor habla más alto de lo normal? ¿Cuándo el coche de delante conduce muy lento? ¿Cuándo esa persona pasa por nuestro lado en la playa y nos salpica de arena? ¿Cuándo ese vecino hace demasiado ruido por la noche y no podemos dormir?  
¿Se han parado a pensar si ustedes también molestan a quienes les rodean?*

- ¡Ven aquí! - gritaba el anciano, sin suerte, a su perro, que seguía corriendo y ladrando hacia los árboles.

No era habitual que su perro hiciera eso, estaba muy bien adiestrado. Hacía tres meses que tenía aquel pequinés, de color blanco con manchas marrones, y casi nunca le desobedecía. Su paseo, antes de las ocho de la mañana, sí era habitual, cuando aún no había mucha gente por las calles. Unas calles que no hace muchos años aún eran campos, donde recordaba pasear tranquilamente. Pero el ser humano, que todo lo destruye, había urbanizado toda la zona detrás del colegio Baldiri Reixach. Ahora, y desde hacía unos diez años, tenía que caminar bastante más para llegar a campo abierto y poder dejar a su animal suelto, cosa que en ese instante maldecía haber hecho. Paró unos segundos para recuperar el aliento, se sacó la boina para secarse el sudor que cubría su frente. Aunque aún no hacía calor, aquella pequeña persecución le había hecho sudar. Sus escasos cabellos blancos y su rostro ajado dejaban en evidencia su edad, que debía superar los setenta.



- ¿Qué haces? ¿Ladras a los pájaros? - preguntó más tranquilo al ver que su perro se paraba unos cuantos metros delante de él y ladraba mirando al cielo entre dos árboles.

Se acercó lentamente, para no asustarlo y poder ponerle la correa ya que, si volvía a salir corriendo, no sabía si podría volverlo a alcanzar.

Llegó a la altura del animal y se arrodilló, le acarició para calmarlo, pues seguía ladrando, y le colocó la correa para regresar a casa. Pero el perro no estaba por la labor, y continuaba mirando hacia los árboles. Fue entonces cuando alzó la vista para ver lo que tanto le distraía y quedó petrificado, con la boca abierta, sin saber qué hacer, hasta que, pasado casi un minuto, atinó a gritar: “¡Ayuda! ¡Socorro! ¡Una ambulancia!”



## CAPÍTULO 9

*En la adolescencia te preguntas que quieres hacer con tu vida. En la vejez te preguntas si has aprovechado bien tu existencia. Pero entre estas etapas te preguntas continuamente si te has estancado.*

*Para unas personas, la seguridad de un trabajo estable y unas rutinas cotidianas son muy necesarias. Pero para otras esto es un estancamiento, máxime cuando no has alcanzado los objetivos que te habías marcado. Pero hay algo aún peor que sentirse estancado: no saber cómo salir. ¿Cómo salir de un lugar sin salida aparente?*

Llegué a la escena del crimen ya advertido del espectáculo que iba a encontrar. Se trataba de Julia, una de las chicas desaparecidas, de Platja d'Aro y con tan sólo 19 años. La víctima colgaba entre dos árboles, atada a ellos, con una cuerda en cada tobillo y muñeca, asimilándose a un macabro “hombre de vitruvio”, de Da Vinci, invertido. La chica, sin vida y totalmente desnuda, también tenía cortes en su cuerpo, así como una palabra grabada en su vientre con algún tipo de arma blanca: “Belfegor”. Pero, a diferencia de la hija del alcalde, las laceraciones eran menos abundantes. Pensé que quizá se habían ensañado más con la primera víctima porque el asesinato podría haber tenido algún componente sentimental. Volví a pensar en Pere Amat. No sospechaba de él, pero era una de las pocas pistas abiertas que aún quedaban.

Deduje, por las manchas de sangre en la tierra, que había sido torturada allí mismo, y más tarde la habían colgado, muriendo desangrada con el paso de las horas. También supuse que en la sangre de la víctima se encontraría Rohipnol, que esperaba hubiera hecho efecto y la chica no hubiera sido consciente de qué le hacían. Había poca cosa más reseñable, tan sólo algunas huellas de calzado. Me aprestaba a irme cuando llegó la comitiva judicial

para levantar el cadáver. El juez, el secretario judicial y el forense llegaron casi al mismo tiempo, y les dejé allí con algunos agentes, que sacaban fotografías y buscaban algún posible indicio.

¿Cómo era posible que en Sant Feliu hubiera habido tres asesinatos en tan sólo 72 horas?

La otra mujer que habían encontrado muerta era María, residente en Sant Feliu. Fui al instituto anatómico, donde pude ver su cuerpo sin vida, que examinaba un forense. No era la otra desaparecida, lo cual me preocupaba en exceso. Esta nueva víctima presentaba los mismos signos de violencia, pero una nueva palabra en su vientre: "Mammón". ¿Qué significaban aquellas palabras? La encontrada en la hija del alcalde estaba más o menos clara. Habían escrito Lucifer en algún tipo de rito satánico. Pero, y las otras ¿qué podían querer decir? El forense, un señor de unos cincuenta y largos años y muy serio, me dijo algo que ya esperaba. Había encontrado restos del mismo fármaco en el cuerpo de María. En el cuerpo de la chica faltaban los riñones, nuevamente extraídos con gran eficacia, y supuse que en el de la última víctima también faltaría algún órgano. Por otro lado, el cuerpo tampoco estaba tan mutilado como el de Silvia Esteve. Pere Amat... Necesitaba hablar con él.

Comencé a temer lo peor. La otra chica desaparecida probablemente estaría también muerta o, en su defecto, no tardaría mucho en estarlo. Y lo

que era peor, y me había negado a creer en aquellos últimos días: había un asesino, o un grupo de asesinos rituales en Sant Feliu. ¿Pero para qué sustraían los órganos a sus víctimas? Nos encontraríamos con cuatro asesinatos en una población en la que nunca pasaba nada, y sin ninguna línea de investigación que seguir. Estábamos estancados, y cada vez teníamos más presión, tanto de los medios de comunicación como de las autoridades, sin contar a los vecinos que empezaban a mirarnos mal en la calle. Muchos agentes empezaban a no querer patrullar. A diario, los amigos y familiares de las víctimas se manifestaban en la plaza del ayuntamiento, y estaban empezando a formar “patrullas vecinales”, que recorrían de noche las calles, ya que no se fiaban de las fuerzas del orden. Todo aquello se nos estaba escapando de las manos, y sólo había una manera de pararlo: detener a quien fuera que estuviera detrás de los asesinatos.

El inspector Ernest, había concretado una entrevista, sin hacérmelo saber, con Daniel Cabello, especialista en asesinatos rituales de la División de Investigación Criminal de Sabadell. Al parecer era todo un experto en la materia, incluso había escrito un libro sobre sectas satánicas. Para la entrevista, al día siguiente, ya tendría el informe forense de Julia y María, y esperaba tener también el de tóxicos. Pensé que quizá un nuevo punto de vista nos vendría bien y podría dar alguna luz al caso.

# CAPÍTULO 10

*Se suele decir que las peores pesadillas son aquéllas que se repiten, día tras día, recordándonos hasta la saciedad nuestros peores miedos. Pero no es así, la peor pesadilla es levantarte a diario con el estruendo de un despertador, ir a un trabajo que ni te gusta ni te motiva, y volver a casa convencido de haber perdido el tiempo y con la obligación de regresar el día siguiente.*

*¿Han tenido ustedes alguna vez esta pesadilla?*

Como cada mañana, volví a despertarme antes de que sonara la alarma, empapado en sudor, pero esta vez desvelado por una pesadilla. Hacía mucho tiempo que no las tenía, o no las recordaba, y me sorprendió que se me quedaran grabados tan nítidamente los detalles de la misma. Caminaba tranquilamente por un bosque que no alcanzaba a reconocer. Aunque era de día, el bosque estaba en una semi-penumbra, debido a la densidad del follaje de los árboles, plataneros como los del paseo de Sant Feliu. Un vigoroso viento arremetía con bravura contra las ramas y el fuerte sonido de las hojas al moverse no daba lugar a ningún otro. Me adentraba en el bosque caminando sin rumbo fijo, más bien paseaba. Unos metros más adelante podía ver un pequeño claro, por donde se filtraba el sol. Mientras avanzaba, el viento iba remitiendo, hasta que al llegar al claro cesó por completo. Una vez allí me di cuenta de que el silencio dominaba todo el lugar. Ya no se escuchaba el viento, pero tampoco se podía percibir ningún otro sonido. Observando el claro pude ver que estaba lleno de bases de plataneros talados. Aquello no era natural. La mano del ser humano había azotado a aquel bosque. Escuché un leve susurro y giré mi cabeza a la derecha. Una persona, ataviada con unos ropajes de color oscuro y una capucha, estaba acucillada ante la base



talada de un árbol, y parecía que canturreaba algunas palabras en un idioma desconocido. Dije un “Hola” a modo de saludo, pero parecía no escucharme. Decidí acercarme hasta su posición. Al llegar a su altura me llamó la atención un resplandor que provenía de su mano. Tenía un cuchillo con unas extrañas curvas y con unas pequeñas gotas de sangre que resbalaban por la hoja. La persona no se giró, ni ante mi gemido de sorpresa, y prosiguió con su tarea, volviendo a deslizar el cuchillo hacia la superficie de la base del árbol. Me hice a un lado para poder ver en qué estaba trabajando y me quedé helado. Un bebé completamente desnudo descansaba en la base, y la persona le dibujaba concienzudamente un pentágono en el vientre. Sin saber cómo fui consciente de que era mi hijo. Un grito surgió de mi garganta. El mismo que me devolvió a la consciencia.

Miré a Raquel que seguía durmiendo tranquilamente. Por primera vez en mucho tiempo sentí miedo. ¿Habíamos obrado bien concibiendo un hijo en este mundo de locos? No quise pensar mucho en ello y me fui a asear para un nuevo día de trabajo. Antes de salir eché una mirada a Raquel. Viéndola allí tumbada supe que todo saldría bien, seríamos unos buenos padres y cuidaríamos muy bien de la criatura.

Ese día Joan no estaba especialmente hablador. Yo leía el diario, que hacía eco de las muertes sin arrojar muchos datos nuevos. La investigación

estaba bastante parada y, a decir verdad, no sabía por donde empezar. Pero los refuerzos estaban al caer. Ese mismo día tenía que llegar Daniel Cabello, que estaría unos días para echarnos una mano y concretar un posible perfil del asesino. Me fastidiaba que vinieran de fuera a hacer nuestro trabajo, pero era probable que nos fuera de ayuda la colaboración. Cerré el diario y miré a Joan.

- ¿No te has parado a pensar que quizá los dos conozcamos al criminal? Probablemente sea un vecino, y hemos podido cruzarnos con él en más de una ocasión - dijo Joan mientras le miraba con cierta sorpresa.

Nunca le había dicho a Joan cuál era mi profesión y él tampoco me lo había preguntado nunca. Me sorprendió su comentario. ¿Sospechaba que yo era policía? Pensé que tan sólo era un comentario a la noticia que se podía ver en la primera plana del diario.

- Podría ser así. ¿No me digas que eres tú? - bromeé mientras escrutaba la reacción de Joan.

Joan se limitó a sonreír y volvimos a quedar en silencio. Eso quería decir que había concluido

nuestra “reunión” del día. Apuré mi café con leche, pagué en la barra y me fui al trabajo.

Media hora después de llegar a mi despacho, entró Ernest, con cara de haber dormido poco. Se sentó en una silla y, abatido, me preguntó si había alguna novedad. Negué con la cabeza y, en silencio, se marchó. Segundos después entró Daniel Cabello. Era un tipo bien parecido, sobre un metro ochenta de estatura, con el pelo corto y muy oscuro. Calculé que debía tener mi edad. Pero lo que más llamaba la atención de él era su seguridad. Su manera de caminar, su mirada, su forma de hablar. Todo él inspiraba confianza, gracias a la seguridad que debía tener en él mismo. Después de la presentación de rigor me dijo que le pusiera al día de la investigación. Repasamos durante un par de horas todos los detalles de los crímenes. Daniel me fue haciendo varias preguntas mientras le exponía cómo habíamos llevado la investigación. Estudiamos detenidamente los informes del forense de las últimas chicas asesinadas. Como ya esperaba, las víctimas también tenían en su cuerpo el maldito Rohipnol que se había hallado en el primer cadáver. Según los informes, las chicas habían muerto desangradas, al igual que la primera víctima, a consecuencia de las múltiples heridas por arma blanca. De entre las varias laceraciones que sufrían sus cuerpos cabía destacar los pentágonos en los vientres de las chicas, y una nueva palabra en cada víctima: “Belfegor” en el de Julia y “Mammón” en el

de María. Además le faltaba un órgano a cada chica: el hígado a Silvia, un pulmón a Julia y los riñones a María.

- Es un pentáculo, Víctor, no un pentágono - dijo Daniel y añadió -: Es uno de los símbolos usuales que utilizan los seguidores de Satán.

- ¿Que diferencia hay? - pregunté mientras ponía los ojos en blanco.

- Si te fijas - empezó Daniel mientras señalaba la foto del informe -, la figura de cinco puntas está dentro de un círculo y el símbolo global, invertido. O sea, la punta va hacia abajo. Es lo que se conoce como pentáculo, o “la estrella de la mañana”. Es el nombre que Satán tomó para sí. Este símbolo se utiliza en rituales para conjurar a espíritus de maldad. Pero, si han sido rituales satánicos, encuentro a faltar cosas. Símbolos cabalísticos, pintados en las escenas de los crímenes.

- ¿Símbolos cabalísticos?

- Sí, símbolos cabalísticos. La Cábala era una corriente de la mística judía. Entre los judíos es la tradición oral que explica y fija el sentido de la Biblia. Según cuentan, la Cábala precedió a cualquier religión, y fue dada a la humanidad por el mismísimo Dios. Se decía que al entender las enseñanzas cabalísticas, y ponerlas en práctica, se

lograba la plenitud, a medio y largo plazo. Pero como en toda religión siempre hay una antítesis. La Cábala oscura. Éstos tenían otra búsqueda en mente. Aunque no haya mucha documentación, se dice que fueron los primeros “satanistas”. Los primeros adoradores de Satán. Por tanto, cuando se encuentran símbolos cabalísticos en escenas de crímenes, podemos estar casi seguros de que es un ritual satánico, practicado por personas que saben lo que hacen. Hay un dato que me desconcierta bastante - dijo, para luego continuar con el consentimiento de mi silencio -: No estamos en fechas de “misas negras”, que es cuando estos adoradores del Dios del Mal suelen cometer estos crímenes. Estas ceremonias se utilizan básicamente para ridiculizar a las misas cristianas. La parte fundamental es la profanación de una, o varias, hostias consagradas. Las pisotean o clavan alfileres, las mezclan con drogas e incluso las introducen en el sexo de alguna hembra que reposa en un altar. Los asistentes suelen ir vestidos con túnicas negras, sin nada más debajo y, colgando del cuello, lucen sus pentáculos de Satán.

- ¿Cuáles son las fechas que comentabas? - pregunté atónito.

- Pues el 30 de Abril, debido al inicio de la estación esotérica; y el 31 de Octubre, el día de Satán e inicio de año nuevo para los seguidores.

Aunque también hay otras fechas menos frecuentes.

- Entonces entiendo que una misa negra es una parodia de una misa cristiana - dije con ironía.

- No exactamente. Sobre el siglo XVIII se tiene constancia de las primeras ceremonias, aunque no se descarta que empezaran antes, en la Edad Media. Consistían en tres fases. En la primera, se renegaba de Jesucristo, con la profanación de las Hostias, como ya he comentado. La segunda fase se iniciaba con el sacrificio de algún animal, vertiendo la sangre sobre el cuerpo desnudo de la mujer que reposaba en el altar. En la actualidad, se está sustituyendo este sacrificio animal, y se utilizan órganos humanos, de algunos crímenes anteriores al ritual. Y en la última fase, los participantes, excitados por las drogas, inician una gran orgía, manteniendo sexo con la persona más cercana, sea del género que sea.

- ¿Y esos nombres grabados en las víctimas? - pregunté, intrigado por saber más.

- Esos nombres son de demonios. Cada uno vinculado a un pecado capital. No me gusta nada este detalle. Como sabrás, hay siete pecados capitales, por tanto siete demonios. Pero debes saber que es probable que no tengan nada que ver con una misa negra.

- ¿Me estás diciendo que habrá siete asesinatos?
- dije con los ojos fuera de mis órbitas.
- Pues sí, eso me temo. Siete chicas “puras”. Siete sacrificios rituales para invocar a los siete demonios.
- ¿Y después qué? - dije cada vez más incrédulo.
- Pues depende de lo que estés dispuesto a creer Víctor. La llegada del anticristo, el mal en la tierra... Cualquiera creyente te dirá que nada bueno. ¿Tú eres creyente?
- Pues no, Daniel. Yo sólo creo en asesinos, y tenemos uno, o varios, sueltos por aquí, y debemos cogerlos antes de que maten a más gente en sus delirios de grandeza. ¿Y qué me dices de los órganos? ¿Son para el anticristo? ¿Le harán una carcasa humana? - pregunté con sarcasmo.
- Es muy probable que puedan ser utilizados en la segunda fase de la maldita ceremonia.
- Una última pregunta. ¿Es posible que haya algún cirujano, o similar, entre estos depravados?
- pregunté recordando el fino trabajo realizado en la extracción de los órganos de las víctimas.
- Pues sí, es posible. Los asistentes a estos ritos suelen ser personas de una clase social alta, que aburridos de su vida, buscan experiencias nuevas.

- ¿Qué crees que debemos hacer Daniel?

- Por el momento no alarmarnos. Aún no sabemos con seguridad nada. Como ya he dicho, encuentro a faltar detalles, y otros me sobran. Es pronto para dar un perfil más concreto de la persona, o personas, que buscamos. Debemos estudiar más a fondo los escenarios de los crímenes y las pistas de las que disponemos. Además, sería conveniente visitar las iglesias para ver si han robado alguna Hostia, aunque pueden encontrarse en el mercado negro. ¿Me acompañas Víctor? - dijo Daniel mientras yo recogía los informes y mi chaqueta. Su tono fue suave y educado, pero había algo en su voz que me impidió declinar su petición.

Me quedé unos segundos mirando fijamente a Daniel. En ese momento creí que gracias a su ayuda íbamos a ser capaces de atrapar al asesino, o asesinos. Sin duda alguna la seguridad del agente se transmitía desmesuradamente.



# CAPÍTULO 11

*¿Y que me dicen de la nostalgia?*

*Esa sensación de tristeza cuando echas de menos a alguien que no tienes cerca. Evocar esos recuerdos de nuestra infancia que ya no volveremos a vivir. Pensar en nuestra libertad adolescente, contrastándola con las obligaciones del adulto.*

*La nostalgia es buena, nos ayuda a recordar qué éramos y en qué nos hemos convertido. Pero vivir siempre con ella nos aletarga y marchita. Como casi todo en esta vida, es necesaria en su justa medida. Porque hasta el tipo más duro necesita de este sentimiento, ¿o quizá ustedes no?*

El veterano pescador arrojó por la borda unas cuantas sardinas, que tenían preparadas en cajas con hielo, para vender en la lonja de Sant Feliu en cuanto llegaran a puerto. Las gaviotas hicieron un descenso en barrena, sumergiendo el pico en la superficie del mar para hacerse con una parte del botín. El pescador, cercano a la jubilación, miraba las espectaculares maniobras de las aves, con una sonrisa en su rostro. El viento le mecía sus melenas canosas, en otro tiempo negras como el azabache. Su demacrado rostro, y su densa barba, ponían de manifiesto una vida dedicada al trabajo, dejando de lado cualquier cuidado a su cuerpo. Pensó que ya le quedaban pocos amaneceres en el barco de pesca, con la espuma del mar salpicando su cara, y con las gaviotas esperando una ración de pescado fresco. Tuvo un leve conflicto de emociones encontradas. Por una parte el alivio de no tener que trabajar más en ese duro y, en ocasiones, peligroso oficio, y poder disfrutar de mucho más tiempo para él y su mujer. Pero por otra parte sabía que echaría en falta a sus compañeros, a su patrón, y, por encima de cualquier cosa, al mar. No podría vivir sin el mar.

- Antonio, prepárate para atar las amarras al muelle cuando atraquemos - le dijo el patrón.

Salió de su ensimismamiento y pensó por un momento en discutir la orden del patrón, pero decidió no hacerlo. Era el más veterano a bordo y, aunque sus saltos desde el pesquero al muelle ya no eran tan ágiles como antaño, era el que mejor sabía atar las amarras. “En este barco hay niños a quienes aún les deben dar leche materna”, pensó Antonio mientras iba hacia babor. Había mucha gente joven para su gusto, ya que los buenos pescadores, como él, cada vez estaban más cerca del retiro, si no jubilados, y no había gente comprometida con el oficio.

Por suerte el patrón sabía lo que se hacía al timón, y con unas suaves maniobras colocó el pesquero en paralelo al muelle. Cuando el viejo lobo de mar apoyó su pie en la quilla del barco para saltar a tierra firme, empezaron a despuntar los primeros rayos de sol. Antonio alzó la vista para observar el cielo, que estaba adquiriendo un bello tono anaranjado, y observó el sol emerger del horizonte. Suspiró profundamente y saltó al muelle. Como siempre hacía al volver a pisar tierra firme, dio gracias a Dios por haber regresado del mar sin percance alguno. No temía al mar, pero lo respetaba enormemente, pues le había arrebatado a algunos amigos y compañeros. Gritó a uno de sus jóvenes compañeros para que le lanzara los cabos, que fue atando con efectividad y rapidez. Al incorporarse después de atar el último cabo, le llamó la atención

un pequeño bote atracado a la derecha del pesquero. Se acercó al borde del muelle para mirar el interior. El bote se mecía levemente, a pesar de que el mar estaba en calma. Se fijó en que no estaba amarrado y se dirigió hacia los escalones de piedra, tallados en el muelle, para descender y amarrarlo. Cuando llegó al último escalón observó que había una manta, que parecía estar abrigando a una persona. “Un borracho durmiendo la mona”, se dijo para sí mismo. Estiró la mano para agarrar uno de los cabos que colgaban de la borda. Utilizando el cabo, acercó el bote a su posición, subió las escaleras y lo amarró para que no se lo llevara la marea, o fuera chocando con el muro del muelle con el vaivén de las olas. Cuando se dirigía a ayudar a sus compañeros a descargar la pesca, se apiadó del pobre borracho, y dio media vuelta para despertarlo y avisarle que era peligroso dormir al raso en un bote. Volvió a bajar las escaleras y, con sumo cuidado, subió al bote. Se agachó y tocó el bulto oculto en la manta. Una vez comprobó que el tacto era blando como el de una persona, le dio unos leves golpes para despertarla. “Menuda cogorza se debió coger éste ayer”, pensó el pescador al ver que no respondía a sus golpes. Procedió a quitarle la manta e intentar sacarlo de su profundo sueño. Cogió un extremo de la manta y tiró lentamente. “Es una mujer!”, pensó mientras seguía estirando de la manta. “Que pálida está..., esta juventud está loca! Pero si está desnuda...y...Dios mío!!! ¿Quién ha podido hacerle eso a esta criatura?”

- ¡Patrón! ¡Llame a una ambulancia! - gritó mientras pensaba que quizá el mar no fuera tan peligroso.



## CAPÍTULO 12

*La gente puede respetar más o menos las reglas, les pueden gustar o no, pero no sabe vivir sin ellas. Tenemos normas de circulación, urbanísticas, de protocolo, etc...*

*Todas ellas rigen nuestro entorno, marcando qué podemos, o mejor dicho qué debemos, hacer y qué no.*

*Llega un punto en el que nos agobiamos, y nos gustaría vivir a nuestro aire, sin nada que marque nuestra conducta. Pero, ¿seríamos capaces de vivir en el caos más absoluto?*

Abrí la puerta del lavabo, con la mayor delicadeza posible. Hacía un minuto que había parado el despertador, cómo no, antes de que sonara. Había vuelto a tener la misma pesadilla que el día anterior. El mismo bosque, la misma figura con una túnica con capucha y con el cuchillo, inclinada sobre un bebé. Pero esta vez mi subconsciente ya sabía del peligro, y no me desperté tan rápido. Avancé sigilosamente hacia la persona. Parecía estar practicando algún tipo de ritual. No entendía las palabras que salían de su boca. Bajó el cuchillo hacía el vientre del niño, pero me abalancé sobre él para evitar que pudiera hacerle daño. Justo cuando iba a tocar a la figura, la túnica cayó al suelo, y la persona que un segundo antes había estado dentro había desaparecido. Me agaché para mirar la túnica negra. Ni rastro de cualquier tipo de vida dentro. Cuando volví a levantar la vista al tocón del árbol, observé horrorizado que la criatura estaba completamente bañada en sangre, y en su pequeño vientre tenía grabado un pentáculo. Aparté la vista, pero volví a sorprenderme al ver el cuchillo repleto de sangre en mi mano derecha. Lo dejé caer al suelo, justo donde debería haber estado la túnica. Pero no estaba allí, la llevaba yo puesta. El llanto del niño acabó por despertarme.



Me aseé tan rápido como pude, y salí de casa, sin el beso de despedida a Raquel, como tenía por costumbre. Necesitaba aire fresco.

Eran cerca de las seis y media de la mañana, y decidí dejar la bolsa del trabajo en el coche y dar un pequeño paseo, ya que aún era pronto para el habitual desayuno. No sé muy bien por qué razón pensé en mi padre. Hacía varios años que no nos veíamos, ni siquiera hablábamos, desde que me marché de Naut Aran. Él se enfadó conmigo cuando le dije que me marchaba. No quiso entenderme, y la discusión acabó mal, debido a su estado de embriaguez, ya que mi progenitor solía tener problemas con el alcohol desde la muerte de mi madre. Aparté mis pensamientos cuando la nostalgia quiso salir a la luz. Caminé por el paseo marítimo, donde el aire aún no era del todo cálido. A escasos metros de mí, dos ciclistas casi chocan, por no querer apartarse ninguno de los dos. Ambos se giraron y se increparon mutuamente, profiriendo insultos varios. Seguí por el paseo, desierto a esas horas, que se iba iluminando lentamente con la salida del sol. Avancé hasta encontrarme con otra disputa matinal. Un barrendero, maldecía a un hombre mayor por haberle pisado el montón de hojas que estaba barriendo, mientras que el anciano le gritaba que no las había visto y daba cortos puntapiés, para no perder la estabilidad, a las hojas que tenía a su alrededor. Al verme se calmaron un poco. ¿Se estaba volviendo el mundo loco? Decidí

dar por terminado mi paseo y me dirigí a la cafetería para desayunar.

Julia, la camarera que atendía la cafetería casi todas las mañanas, limpiaba las mesas cuando entré por la puerta. Aún era muy pronto y no debía hacer mucho rato que había llegado al local. Nada más verme, dejó la bayeta sobre la mesa que limpiaba y fue a preparar mi desayuno. Mientras, aproveché para ir al lavabo. Al salir, mi desayuno y Joan ya me esperaban en la mesa.

- El mundo se está volviendo loco - dije a modo de saludo.

- Quizá siempre fue así - me contestó muy serio.

- No. Antes la gente no miraba tanto por sí misma. Hoy en día las personas son más egoístas y más desconfiadas. Tienen más maldad - empecé a debatir.

- Si algún desconocido te ve tirado en el suelo, es capaz de pisarte antes de tenderte la mano para ayudarte - dijo Joan con cierta tristeza.

- No me extrañaría nada.

Después de nuestra breve charla, nos quedamos en silencio. Realmente el ser humano me decepcionaba más cada día. Asesinatos, robos, guerras..., la maldad iba en aumento. Apuré el café con leche, ya frío, de un rápido sorbo, y decidí ir

antes de hora a comisaría, tan sólo por no seguir pensando en la decadencia de las personas.

Nada más llegar supe que había pasado algo. Pocos coches en el aparcamiento, pocos agentes dentro, y Nuria, la agente que estaba en la pecera, me dirigió una mirada fría y seria, mientras hablaba por teléfono, nada que ver con su habitual alegría y jovialidad. Fui a ver directamente a Ernest. Toqué suavemente en la puerta de su despacho y entré sin esperar contestación. Daniel estaba sentado delante del inspector, y ambos se giraron a la vez. Ernest parecía haber envejecido diez años desde que empezaron los asesinatos. Tenía ojeras e iba sin afeitarse, lo cual confería a su ajado rostro un semblante mucho mayor, cansado y serio. La presión que estaba soportando Ernest acabaría por pasar factura a su salud. La prensa seguía muy de cerca la investigación, y el alcalde, y su séquito de ayudantes municipales, pedían cada día un informe, con los escasos datos nuevos que teníamos.

- Víctor, han encontrado otro cuerpo. Es la otra chica desaparecida. Emma tenía 23 años y era vecina de Sant Feliu - expuso Ernest lentamente y con la voz apagada -. Por favor, encuentra y detén a ese hijo de puta.

- Haremos todo lo que esté en nuestra mano - dije intentando consolar, en vano, a Ernest, que

se quedó en silencio, con la mirada perdida en su escritorio.

Fuimos a mi despacho, ya que antes de acercarnos a la escena del crimen quería intercambiar alguna opinión con Daniel. Como era de esperar, en ninguna iglesia de Sant Feliu habían sustraído Hostias consagradas, y la teoría de la misa negra se alejaba. La noche anterior le había estado dando vueltas a la idea de las invocaciones demoníacas, y necesitaba de la sabiduría del joven policía. Me sorprendió ver sobre mi mesa un libro sobre satanismo y sectas satánicas, escrito por el propio Daniel. Imaginé que me lo había dejado el primer día, por si quería profundizar en la investigación. Lo aparté pensando que más tarde le echaría un vistazo.

- Daniel, supongamos que tenemos a uno o varios cabrones satánicos intentando invocar a los siete demonios. ¿Qué consiguen con cada invocación?

- Con el ritual en sí mismo no consiguen nada. Con el global de las siete víctimas de los siete pecados capitales, ofrecidos al demonio que le pertoca, hay quién piensa que llegará el mesías de satán. El Anticristo.

- ¿Y tú que piensas, Daniel?

- A decir verdad, no soy muy creyente. No creo en Dios ni en el Demonio. Pero sí en la maldad y en la locura. Y esta gente parece conjugar ambas cosas.

- Bien, intentemos meternos en su cabeza. Repasemos las víctimas. La primera fue Silvia, la hija del alcalde. En su vientre grabaron "Lucifer". ¿A que demonio querían invocar?

- Pues Lucifer es el demonio de la soberbia. ¿Conocías a la hija del alcalde Víctor?

- No. Pero podría encajar, su padre estaba en un cargo de poder. En la segunda víctima, María, se encontró la palabra "Mammón".

- Mammón es el demonio de la avaricia. Y Belfegor, grabado en Julia, la tercera asesinada, es el demonio de la pereza.

- ¿Se ha encontrado alguno en esta última víctima?

- Me ha comentado un agente que ha estado en la escena que sí. El demonio de turno es Belcebú, relacionado con la gula.

- Entonces nos quedan tres demonios más, ¿verdad?

- Sí, Víctor. Asmodeo, demonio de la lujuria. Leviatán, el de los celos. Y Satanás, relacionado con el pecado de la ira.

- Pues estamos jodidos Daniel. Cualquier persona, hoy día, podría haber cometido uno, o incluso todos los pecados a la vez.

En menos de diez minutos llegamos al puerto, dispuestos a repasar el escenario del crimen. La chica, Emma, aún estaba en la barca donde la habían encontrado, mientras el forense certificaba la muerte, acompañado del juez. El equipo de la funeraria sacó, a duras penas, el cuerpo de la chica, muy pasado de peso, de la barca, y, después de introducirlo en una bolsa de lona negra, lo colocaron en la camilla de ruedas para llevarlo al coche fúnebre. Antes de que subieran el cuerpo al coche, les paré para que nos dejaran ver el cadáver. La víctima, extremadamente pálida por la falta de sangre, mostraba diversos cortes y, como las demás, tenía grabada en el vientre un pentáculo y una palabra: Belcebú.

- Creo que estabas en lo cierto Daniel.
- ¿A qué te refieres?
- Belcebú es el demonio de la gula, y precisamente esta chica parece haber abusado de ese pecado.

## CAPÍTULO 13

*La violencia ha estado presente en el mundo desde los primeros tiempos. En el reino animal es algo natural, tienen que alimentarse y sobrevivir, es un instinto. Pero con la aparición del ser humano todo cambió. Peleamos, declaramos la guerra, sólo por conquistar y someter a otros seres humanos, por la ambición, por el poder.*

*La violencia genera violencia y alimenta nuestro rencor. No he visto un solo perro que dé la espalda a su amo, aunque haya sido golpeado. En cambio a las personas, basta que nos lastimen una sola vez para que no olvidemos jamás. ¿Cómo podemos vivir entre tanto rencor?*

Mónica se sentó en el muro de piedra después de hacer los estiramientos de rigor. Solía salir a correr cada día por la mañana, no muy temprano, pero sí antes de que se levantara Gemma, que era bastante más perezosa y solía decir que estaba loca por salir cada día a correr. El día era soleado y ni una sola nube había hecho acto de presencia esa mañana. Miró hacia el mar y la suave brisa le meció el pelo, haciéndole llegar un ligero olor a mar y salitre. Le encantaba esa zona de la población, y siempre era el destino de sus carreras matutinas. Sin duda, la ermita de Sant Elm era una visita obligada de la población. No por el edificio en sí, sino por su situación. La Ermita dominaba la ciudad, desde uno de los puntos más elevados de la misma, y ofrecía una vista privilegiada del mar, de la bahía y de la Costa Brava en dirección sur. Según se cuenta, la vista desde el mirador de la ermita podría haber inspirado al escritor Ferran Agulló a llamar a la costa gironina como “Costa brava”. La ermita fue construida en el año 1452 sobre una fortificación existente, que en 1696 fue destruida por el ejército francés. La capilla actual, dedicada a Sant Elm, data de 1723 y su apariencia actual se debe a la restauración que se produjo en el año 1993.



Mónica despertó de su ensimismamiento mientras observaba el mar, y se propuso iniciar el camino de vuelta a casa de Gemma. Miró la hora y calculó que cuando llegara ella aún estaría durmiendo.

Evidentemente, cuando entró en la habitación, que compartían, ella seguía en brazos de Morfeo, y tuvo que armarse de valor para despertarla, ya que no solía ser muy amigable hasta después de su segundo, o tercer, café. Con sumo cuidado posó su mano en el hombro de Gemma y la meció levemente, obteniendo como respuesta un leve gruñido. Le separó ligeramente el pelo del oído y le susurró que se fuera desperezando mientras ella se daba una rápida ducha. Gemma profirió varios exabruptos por lo bajo y se giró. A Mónica se le dibujó una sonrisa en el rostro, no entendía como podía dormir tanto. Se fue a la ducha pensando qué harían ese día, aunque las vacaciones en Sant Feliu solían ser de playa, por las mañanas y tardes, y de salidas nocturnas.

Una vez Gemma estuvo bien despierta y servida de cafeína, salieron de casa para ir a su sesión diaria de bronceado. La playa estaba a escasos tres o cuatro minutos caminando de casa de los padres de Gemma, y enseguida tuvieron las toallas en la arena, los cuerpos untados en crema bronceadora, de escasa protección, y a los moscones de turno revoloteando alrededor de las dos atractivas chicas, en busca de un plan para la noche. Las muchachas tenían algunos amigos en la población, con los que

solían pasar el tiempo en verano, y que en muchas ocasiones les ayudaban a “espantar” a los pretendientes más pesados. A sus mañanas y tardes en la playa no les faltaba compañía, y ese día no fue una excepción. Almorzaron ligeramente con dichos amigos en un restaurante del paseo, sin necesidad de recoger las toallas de la arena, donde regresaron después del tentempié.

Cuando caía la tarde regresaron a casa donde, después de una ducha, les esperaba una succulenta cena, preparada por la hospitalaria y complaciente madre de Gemma. Dolors era una mujer baja, con unos quilos de más y con el pelo corto y negro. Su bondad se le notaba a simple vista, y era la anfitriona perfecta. Profesora de literatura, siempre había ejercido en el instituto de Sant Elm, donde conoció a su marido, Miquel, profesor de matemáticas. Después de mucho discutir con ellas sobre la poca cantidad de una exquisita lasaña que habían consumido, Dolors las dejó por imposible, y sirvió a Miquel que nunca solía decir que no. Cuando acabaron el café, las jóvenes subieron a su habitación a prepararse para la noche de fiesta. Platja d'Aro las esperaba, con su sinfín de bares y pubs donde esperaban hacer estragos en el, casi siempre, fácil público masculino. Una vez vestidas y maquilladas decidieron poner rumbo al paseo, donde habían quedado con los amigos para ir todos en un solo coche, no sin antes escuchar las quejas de Dolors, por el excesivo maquillaje, y los comentarios

irónicos del siempre alegre Miquel, sobre la escasa cantidad de tela en sus cortas faldas.

La noche, y madrugada, pasó muy rápida entre bailes, risas y mucho alcohol, tanto que Mónica tuvo que llevar de vuelta al grupo a casa, ya que Toni, el encargado de conducir esa noche, casi no podía mantenerse en pie. Mónica no bebía mucho, y aunque Gemma tampoco, ésta toleraba bastante menos la bebida. Salieron de Platja d'Aro a una velocidad muy prudente, y Mónica, que conocía bastante bien la zona de veranos anteriores, condujo por caminos secundarios hasta Sant Feliu, para evitar los controles de alcoholemia. Al llegar a casa de Toni aparcó el coche, un peugeot 206 de color blanco, y bajaron todos del coche, las dos chicas y sus dos amigos, Toni y Diego. Éste último vivía bastante cerca y decidió ir caminando. Ayudaron a Toni a abrir la puerta de su casa, y una vez estuvo dentro, emprendieron el camino a casa de Gemma, a unos buenos diez minutos de camino. Partieron desde la carretera de Palamós, donde Toni vivía con sus padres, y empezaron a caminar por la calle Sant Ramon, paralela al paseo marítimo, en dirección al centro. Dejaron atrás una panadería que empezaba a abrir sus puertas y dejaba un magnífico olor a bollería recién hecha. Debían ser sobre las seis de la mañana, pensó Mónica. Poco después de dejar atrás el local comercial, una figura apareció en la acera contraria a la que caminaban, saliendo de un portal. Aunque el sol aún no alumbraba lo suficiente

la estrecha calle de altos edificios, Mónica observó que era un chico, joven y alto, y las sonreía al pasar. A Gemma, que parecía no haberse dado cuenta de la presencia del joven, le costaba bastante caminar recta, y Mónica cargó un poco más sobre su hombro el peso de su amiga para acelerar el paso, ya que empezaba a estar asustada. El chico bajó de la acera y empezó a caminar tras ellas. Trató de pensar rápido y se le ocurrió que en el paseo marítimo quizá hubiera alguien a esas horas, algún barrendero o algunos chicos que regresaban de marcha con sus coches. Llegaron con esfuerzos al cruce con la calle Sant Roc, oblicua a la calle Sant Ramon y que terminaba en el Casino, en la intersección del paseo marítimo y la Rambla Portalet. Tomaron dicha calle y aumentaron el ritmo. Mónica giró la cabeza para mirar atrás, y constató que aquel chico las estaba siguiendo, y que estaba más cerca que un minuto antes. Aceleró el ritmo como buenamente pudo, sin alertar a Gemma, que hacía todo lo que podía por mantenerse en pie. Quedaban pocos metros para llegar a la altura del Casino, y ya distinguía el característico color ocre del edificio. De repente, una silueta apareció al final de la calle, cortando el paso. Era otro joven, más alto y fornido que el que las seguía a escasos metros. Gemma alzó la vista y no vio venir la sonora bofetada que le propinaron. Cayó al suelo aturdida y con la mejilla muy dolorida. Levantó como pudo la cabeza y alcanzó a ver a dos chicos que flanqueaban a Mónica. En ese momento una pareja

apareció en el umbral de la calle, en dirección a la rambla. Gemma tomó aire y gritó cuanto pudo, alertando a la pareja que se paró en seco y miró hacia la oscura calle. El agresor exclamó algo en un idioma que Gemma no supo identificar y los dos chicos salieron corriendo. El hombre se acercó, mientras la mujer sacaba el teléfono móvil, se agachó y trató de consolar a la muchacha que rompía a llorar, una vez fue consciente de que habían sido atacadas.



# CAPÍTULO 14

*Cuando una inquietud va en aumento casi nada puede distraerte del problema que la crea. Piensas, vuelves a pensar y sigues pensando, sin llegar a encontrar la solución. En ocasiones lo más indicado es intentar abstraerse y ver las cosas con más objetividad, para poder atacar la raíz de los inconvenientes. El resultado no siempre es el deseado, pero nos resta ansiedad y nos acerca un poco más al buen desenlace. ¿Qué hacer cuando aparentemente no hay solución?*

Mis sueños se sucedían, día tras día, a cada cual peor. Supuse que tantos asesinatos, mi pérdida de fe en las personas y mi futura paternidad estaban creando una ansiedad en mí, que salía a la luz a través de aquellas pesadillas. Me miré al espejo y casi no reconocí a la persona que se reflejaba en él. Tenía una cara de cansancio que no recordaba, unas ojeras enormes y una incipiente barba que me dispuse a rasurar. Salí de casa casi sin mirar a Raquel y fui rápidamente a por una buena dosis de cafeína. Cuando llegué a la cafetería, Joan estaba sentado en nuestra mesa habitual, pero aún no le habían servido. Saludé a Julia que se afanó en preparar mi desayuno y el café de Joan.

- ¿Qué tal Joan? - saludé.

- Ahora que puedo tomar café, mucho mejor. Aquí no suelen servirme si no vienes - contestó malhumorado Joan.

- Qué exagerado eres - dije mientras sonreía ligeramente.

Abrí el diario por la página de sucesos. La noticia de la cuarta víctima ocupaba la portada y una página



entera dentro. Se detallaban los pocos datos que Ernest había facilitado a la prensa más alguno que debía haber filtrado algún agente. Algún periodista había conseguido averiguar que los asesinos se quedaban con órganos de las víctimas, y hacía eco de la falta de un pulmón en el cuerpo de la chica. Para cerrar el artículo de manera melancólica, habían escrito unos cuantos detalles de la corta vida de Emma, y de la cantidad de amigos y familiares que iban a echarla en falta.

- Un asesinato más, Joan, ¿adónde vamos a ir a parar?

- Allí donde deje la justicia llegar a los delincuentes. Asesinos, violadores, estafadores. Todos campan libremente para hacer el mal, mientras gente inocente muere, es mancillada y pierde todo lo que ha ganado honestamente en su vida. Que Dios nos ampare. Hoy día es mejor robar que trabajar - dijo irónicamente.

- Por fortuna no todo el mundo piensa como tú, si no tendríamos muchos justicieros por cuenta propia - bromeé.

- Quizá nos iría mejor. Sobra mucha gente en este mundo - añadió Joan de manera tajante.

Escruté la cara de Joan y no vi el menor rastro de broma o ironía. Sentí la necesidad de salir de allí.

Pensé que debía haber mucha gente que había perdido la fe en la justicia.

Llegué a comisaría y, cuando iba a dirigirme a mi despacho, me fijé en dos chicas que me eran familiares, sentadas en las sillas de espera. Me paré en seco y me dirigí hacia ellas. Era Mónica, la chica que habían intentado asaltar días atrás, y su amiga, de cuyo nombre no me acordaba. Supuse que la belleza de aquella chica había conseguido que me olvidara de varios detalles, como el nombre de su amiga, que tenía los ojos muy rojos y una ligera expresión de miedo, o quizá angustia. Nada que ver con la expresión risueña, que sí recordaba, del día que vinieron a hacer la denuncia.

- ¿Ha pasado algo chicas? - pregunté de la manera más amistosa que pude. Todos mis amigos y conocidos me habían comentado en alguna ocasión que estar en una comisaría imponía bastante respeto. Por esta razón siempre intentaba mostrar la expresión, y la voz, más suave posible para dar confianza a las personas que llegaban a denunciar algún delito.

- Esta madrugada nos han atacado, sargento - dijo Mónica lacónicamente y continuó -: Han golpeado a Gemma y por suerte unos señores que pasaban por allí los asustaron.

- Pasad a mi despacho, por favor. Allí podréis explicarme todo lo que recordéis - dije, sorprendido porque la chica recordara mi graduación.

En ese momento entró Daniel y con un gesto le dije que nos acompañara. Pensé que el atractivo de Daniel nos vendría bien para ganarnos la confianza de las chicas, y así se mostraran más receptivas a hablar. Señalé las sillas a las chicas para que se sentaran, y yo hice lo propio en la mía. Daniel se quedó de pie a mi lado.

Los detalles que nos facilitaron no fueron de mucha ayuda, ya que al ser de noche y con la rapidez del ataque, casi no pudieron ver a sus agresores. Eran dos hombres jóvenes, altos, fuertes, y uno de ellos, según Mónica, era de raza árabe. Al parecer Gemma había bebido mucho, y no recordaba gran cosa. Me quedé embelesado mirando los preciosos ojos de Mónica mientras relataba los pocos detalles que había podido ver. La joven exponía con total calma y naturalidad. Era realmente bella. Regresé de mi abstracción al escuchar un apellido de boca de Mónica.

- ¿Puedes repetir, por favor? - pregunté regresando del limbo.

- Decía que volvíamos de casa de los Amat, después de dejar a Toni...

No seguí escuchando más. Aquel apellido me sonaba mucho. Cogí la carpeta del expediente del caso que nos ocupaba y empecé a buscar, mientras Mónica seguía con su relato ante la atenta mirada de Daniel. De repente se iluminó una parte de mi cerebro. Pere Amat. El supuesto chico del que se había enamorado Silvia Esteve, la hija del alcalde, la primera víctima. ¿Cómo había podido olvidarme de él? ¿Habría regresado de su visita a sus amigos de Barcelona? De repente tuve la certeza de que se abría un filón en la investigación. Aquel dato, surgido de la nada, nos daba alguna pista que seguir. Teníamos que ir lo más pronto posible a casa de los Amat.

# CAPÍTULO 15

*¿Qué les decepciona más en esta vida?*

*Quizá una derrota de su equipo favorito; o no conseguir sus metas laborales; o tal vez no recibir esa llamada de un amigo cuando más se necesita...*

*Podría seguir la lista indefinidamente, pues las personas solemos recordar más las cosas negativas que las positivas o, en su defecto, somos demasiado exigentes y por eso caemos una y otra vez en la decepción. ¿Cómo sería la vida si fuéramos más conformistas? ¿Más fácil o más insulsa?*

Hacía ya bastante calor cuando salimos de la comisaría para ir a casa de los señores Amat. Daniel propuso pasar por la calle donde habían sido asaltadas Gemma y Mónica, y me parecía una buena idea. La luz solar incidía sobre el edificio del Casino y obligaba a apartar la vista de él. El emblemático edificio, de color ocre, de estilo modernista mozárabe, dominaba la Rambla del Portalet, desde su construcción en el año 1.888, siendo diseñado por el arquitecto General Guitart. El edificio, había vivido sus mejores momentos a principios del siglo XX, cuando las afamadas orquestas del país amenizaban bailes de gala. El casino, conocido actualmente como Casino “la Constancia”, o de manera informal “Casino dels Nois”, tan sólo ofrece ya servicios de bar, donde suelen reunirse los ancianos del lugar para organizar amenas partidas de naipes u otros juegos de mesa.

Llegamos al callejón lateral del casino donde, según la versión de las chicas, habían sufrido una encerrona. Al parecer, uno de los agresores las había seguido desde unas calles antes, esperando que pasaran por el estrecho callejón, donde aguardaba el otro asaltante. Poca cosa esperábamos encontrar allí, pero Daniel consiguió dar un atisbo de luz al asunto.

- Víctor, ¿crees que ha sido una agresión fortuita? - preguntó Daniel mientras miraba a ambos lados del callejón.

- Pues no me lo había planteado. ¿Tú qué opinas?

- No lo sé a ciencia cierta, pero creo que no. Las esperaban a ellas. Sabían donde esperarlas y el camino más corto hacia su casa. Me ha parecido ver en el plano que al llegar a la altura del callejón, sólo podían tomar dos opciones. Seguir recto por la calle que iban o doblar por ésta. Y, si no me equivoco, el camino más corto a casa de los padres de Gemma sería por aquí, además de que llegarían antes al paseo, donde podrían haber encontrado ayuda más fácilmente, tal y como sucedió. Tengo entendido que Mónica sufrió un intento de agresión, ¿es así?

- Sí. Es así. Entonces, ¿crees que Mónica era el objetivo del ataque?

- No lo sé Víctor, pero empiezo a pensarlo. Quizá, sin que haya sido consciente, ella ha visto algo que pueda incriminar a los asesinos.

- ¿Ya afirmas que son varios?

- Cada vez tengo más claro que hay más de uno o, en su defecto, más de un cómplice. En los asesinatos rituales suele ser así, casi nunca hay un solo asesino.

- Quizás tengas razón. Pero Mónica llegó de vacaciones después del primer asesinato.

- Sí, eso me hace dudar. Cada vez estoy más convencido que estos asesinatos nada tienen que ver con rituales satánicos, ni que se esté preparando una misa negra. El grupo de locos que quiere invocar al anticristo empieza a ser mi primera opción.

Llegamos a casa de la familia Amat antes del mediodía, dispuestos a preguntar por Pere. El chico era el hijo pequeño de Sergi y Anna Amat, y junto a su hermano, Toni, eran amigos de la primera asesinada, Silvia. El hijo mayor al parecer también era amigo de Gemma y Mónica, lo cual nos daba una posible relación entre la asesinada y las agredidas. Nos abrió la puerta la madre, Anna, una mujer de unos cincuenta años, pero que aparentaba no más de cuarenta. Era atractiva, de piel muy morena, casi excesivamente, y con el pelo teñido de rojo. Pero lo que más resaltaba de ella era el maquillaje. Demasiado para mi gusto, pero que le restaba con eficacia unos cuantos años. Ella comentó lo que ya sabíamos. Pere estaba en Barcelona, en casa de unos amigos, desde la misma mañana en que fue hallada muerta la hija del alcalde, y aún no habían contactado con él en todo ese tiempo. El muchacho nunca solía llamar a casa ya que era muy independiente, y parecía que los



padres no sufrían demasiado por no tener noticias. Le pedí amablemente si podíamos hablar dentro de la casa con ella y su marido, y accedió de buen grado. Sergi Amat era un hombre que también había entrado en la cincuentena pero, a diferencia de su esposa, sí aparentaba la edad que tenía. Había sido una de las familias adineradas de la población, pero con la profunda crisis de la construcción, las cuentas bancarias habían menguado bastante. Su negocio, la empresa constructora más importante de Sant Feliu, no había quebrado de milagro y había pasado de más de cien trabajadores a no llegar a la decena. Los beneficios que obtenía le servían para vivir, pero no al nivel al que estaban acostumbrados. Los amigos de Pere siempre pasaban las vacaciones en su casa, pero desde el bajón de la construcción, el muchacho solía ir a Barcelona, a casa de sus amigos, ya que se avergonzaba de haber perdido las asistentas que servían en la casa, y le atemorizaba que sus amigos se enteraran de la debacle del negocio familiar y pudiera perder cierto estatus social.

- ¿Saben a qué hora salió su hijo rumbo a Barcelona? - pregunté intentando, sin éxito, que no sonara como que sospechábamos de él.
- Pasadas las diez de la mañana. ¿Hay algún problema? - preguntó Sergi, mientras me miraba atónito.

- No señor Amat, pero probablemente Pere fue la última persona que vio con vida a Silvia Esteve, y nos gustaría hacerle algunas preguntas - contesté para calmar a los padres, mientras Daniel no cesaba de observar sus reacciones.

- Nos comentó que estaría fuera una semana. Hoy debería llegar - contestó esta vez la madre.

- Bien, les agradeceríamos que pasara por comisaría en cuanto llegara, para que declare. ¿Conocían a Silvia Esteve?

- La habíamos visto alguna que otra vez. Pere y ella fueron juntos al instituto dos o tres años, pero no solía venir por casa. Es una pena que haya muerto tan joven - dijo la madre con voz apagada.

- Les dejaré mi tarjeta, si recuerdan cualquier cosa pueden llamarme. Y, por favor, recuerden decir a su hijo que pase a verme - añadí con una ligera decepción.

Aquellas personas no habían arrojado ninguna luz al caso, y probablemente Pere tampoco pudiera aclarar nada. Miré a Daniel que asintió como si me hubiera leído el pensamiento, nos levantamos y nos fuimos.

# CAPÍTULO 16

*¿Creen ustedes en los presentimientos?*

*Esa sensación extraña de que, sin poderlo remediar, algo va a salir mal. Pocas veces tenemos buenas vibraciones, y casi siempre acabamos temiéndonos lo peor. Es una sensación que está más cerca de la videncia que de la realidad, pero que, en ocasiones, nos hace tomar una decisión u otra, sin saber muy bien porqué.*

*No siempre acertamos, pero seguimos guiándonos por ellos, ya que quizá nos es más sencillo que ser racionales. Seamos sinceros: ¿no es más complicado pensar?*

Desplacé el puntero del ratón hacia el ángulo inferior izquierdo de la pantalla, apreté el botón izquierdo sobre el icono “inicio” y después sobre la opción “apagar equipo”. El ordenador empezó el proceso de apagado. Eran cerca de las diez de la noche. Hacía bastante tiempo que no salía tan tarde del trabajo. Normalmente a las ocho solía estar en casa, pero estaba acabando los informes de los asesinatos, que se amontonaban en mi estantería. Según el informe forense, la última víctima, Emma, había fallecido de la misma manera que las anteriores. Además, habían grabado el maldito pentáculo en su vientre, y la palabra “Belcebú”, el demonio de la gula. A la chica le faltaba un pulmón y en su sangre había restos de Rohipnol. La única novedad era un minúsculo trozo de piedra verde, encontrado en el interior de su boca, que habíamos enviado al laboratorio para saber exactamente qué era. Hacía una hora que había llamado a Raquel para decirle que empezara a cenar sin mí. Uno de los agentes del turno de noche entró en mi despacho cuando recogía mi chaqueta dispuesto a irme.

- Han venido a verle sargento - dijo con tono serio.

- Estaba a punto de irme, llevo aquí todo el día Miquel - contesté con cara de cansado.

- Dicen que es urgente. Son Sergi Amat y su esposa.

- Hazles pasar - dije mientras volvía a dejar la chaqueta.

¿Que querrán a estas horas?, pensé. La pareja que hacía unas horas tenía muy buen aspecto, entró en mi despacho con las caras desencajadas y unos ojos que expresaban algo entre tristeza y preocupación. La señora Amat en ese momento sí aparentaba la edad que tenía, o quizá más, no llevaba ni una pizca del maquillaje de la mañana y, sinceramente, la encontré más atractiva, a pesar de no tener muy buen aspecto.

- Buenas noches. Ustedes dirán - dije a modo de saludo.

- Mi...mi hijo... - balbuceó Anna y rompió a llorar.

- Disculpe señor Fàbregas. Nuestro hijo no ha llegado. Le hemos llamado al móvil y está apagado - expuso Sergi mientras abrazaba a su mujer para consolarla.

- Bueno, aún no es muy tarde. ¿No es posible que se haya retrasado? - pregunté para relajar la angustia de la mujer.

- Hemos llamado a casa de sus amigos en Barcelona. No ha estado allí en toda la semana.

Nuestro hijo Toni ha encontrado su coche aparcado en el puerto.

La búsqueda de Pere Amat empezó muy pronto, en cuanto la luz del sol hizo acto de presencia. Durante la noche, el equipo de la policía científica había estado examinando el coche, pero sólo encontraron las huellas del pequeño de los Amat. Una treintena de efectivos entre Mossos d'Esquadra, Bomberos y Policía Local, más medio centenar de personas, entre amigos y familiares, tomaron parte en la batida de Sant Feliu, en busca del muchacho. El puerto, las calles cercanas al mismo y a la casa de los Amat y los bosques aledaños a la población, fueron los principales lugares de búsqueda. Todos los integrantes de la misma, aunque esperanzados, eran bastante pesimistas debido a las recientes muertes en la población. Yo mismo tampoco esperaba encontrar con vida al hijo menor de los Amat, pero Daniel sí pensaba que había posibilidades.

- No creo que tenga relación con el caso, Víctor - comentó con su meliflua voz.
- ¿Por qué no? - pregunté intrigado.
- Es un varón. Las víctimas de estos asesinos suelen ser mujeres, y además vírgenes.

- Quizá tengas razón Daniel, pero tengo un mal presentimiento.

Las malas noticias llegaron sobre el mediodía, después de más de cinco horas de búsqueda. Dos agentes de la Unidad de Seguridad Ciudadana, que tenían el día libre y debían haber estado en casa con sus familias, encontraron el cuerpo de Pere en un callejón poco transitado, cerca de la carretera de Palamós, a unos cuatrocientos metros de donde se había encontrado su coche. El callejón acababa en unas naves industriales en desuso, al lado de un pequeño terreno sin asfaltar que hacía las veces de aparcamiento. Entre dos coches se halló el cuerpo sin vida del muchacho. Tenía el torso desnudo y lleno de sangre seca, con el ya conocido pentáculo y una nueva palabra: Satanás.

Forense y juez hicieron acto de presencia para el levantamiento del cuerpo. Pasaron un par de horas hasta la llegada del cadáver al instituto anatómico. Una vez allí, Daniel y yo nos acercamos a hablar con el médico forense que se preparaba para hacer la autopsia. Los padres de Pere, muy afectados por la muerte, habían pedido la máxima celeridad, ya que querían dar sepultura al cuerpo en el menor tiempo posible. El forense nos informó que el chico debía llevar unos cinco días muerto, dado su estado de descomposición. El pentáculo, demonio y Rohipnol

no habían faltado a la cita, y el órgano que no estaba donde debía era el páncreas.

- Satanás - musité sin dirigirme a nadie y después miré a Daniel -. ¿Otro demonio?

- Exacto. El de la ira. Nos quedan dos demonios Víctor. Asmodeo y Leviatán. La lujuria y los celos. Debemos darnos prisa por encontrar a los criminales o será muy tarde.

- ¿Crees que vendrá el anticristo? - pregunté con sorna.

- Eso no importa, porque si cumplen su cometido quizá no los encontremos nunca. Pero estoy desconcertado. No es habitual el sacrificio de un hombre.

- Daniel, no son habituales cinco sacrificios en una semana. El forense ha dicho que llevaba muerto cinco días. Eso supone que tienen algún lugar donde poder esconder un cuerpo. Propongo empezar a registrar las naves industriales de los alrededores. ¿Esos órganos que faltan tienen algo que ver con los demonios?

- No, que yo sepa. Pero buscaré información. Empiezo a estar muy desconcertado.



## CAPÍTULO 17

*Cuando somos jóvenes confiamos en las personas, nos abrimos y nos mostramos tal como somos, pero con el paso de los años, y algunas malas experiencias, nos volvemos desconfiados y nos cubrimos con una espesa coraza que impide ver nuestro "interior". Esta desconfianza nos salva de algunas posibles decepciones, pero también nos puede privar de conocer a gente interesante.*

*¿Merece la pena nuestro mecanismo de defensa?*

Mi pesadilla había evolucionado desde el primer día. Para entonces ya tenía muy claro que aquel niño del claro en el bosque era el anticristo, y la figura con la túnica debía ser yo. Tenía que parar al mesías demoníaco para devolver la paz a la tierra. Pero por alguna extraña razón no podía hacerlo. Me quedaba plantado ante él con el raro cuchillo alzado, incapaz de dar la estocada mortal. De repente, la calma que se palpaba en el bosque se veía alterada por una estampida de animales de todo tipo. Liebres, osos, jabalíes y toda clase de aves huían despavoridos de algún peligro que acechaba en el bosque. Me quedaba quieto, intentando ver, entre la densidad de los árboles, qué había amenazado a los animales, pero no parecía haber ningún peligro subyacente. Una vez se apagaba el ruido de la estampida, empezaba a notar otro sonido más lejano. Poco a poco el sonido iba llegando más claro y alto a mis oídos: era como el crepitar de unos leños en el fuego de una chimenea. Fuego. El bosque se quemaba. Los árboles sucumbían a la voracidad de las llamas y los animales perecían calcinados, ante mi atenta mirada, y la del niño que, a pesar de su edad, parecía entender qué estaba sucediendo. En el claro donde estábamos no llegaba el fuego, pero el calor era insufrible. Miré al niño, que entonces sonreía, y cuando comprendía que la única

salida era clavar aquel puñal en el recién nacido, me despertaba.

Me di una ducha rápida para sofocar mi calor y volver a la realidad. Aún con el pelo mojado salí del lavabo y miré a Raquel que dormía profundamente. Cada vez sentía más miedo por haber concebido un hijo y traerlo al mundo de locos en que se había convertido la civilización moderna. Siempre pensé que la persona en que se convierte un hijo dependía, en gran medida, de la educación de los padres pero, con todo lo que había visto en los últimos años de mi vida, empezaba a dudarlo. ¿Realmente los padres de esos asesinos les habían dado una educación que había ayudado a que se convirtieran en monstruos? Pensé en la educación que me habían dado mis progenitores, y mi mente viajó muchos años atrás. Era un frío y oscuro día de invierno. Estaba en el asiento trasero del viejo Ford Escort de mis padres, y la densa niebla no me dejaba ver nada por las ventanillas. Empecé a sudar mientras recordaba. Una maldita placa de hielo hizo perder el control del coche a mi padre, e invadimos la calzada contraria. El ensordecedor ruido de la carrocería de nuestro coche chocando frontalmente con otro, devolvió viejas lágrimas a mis ojos. El resto de recuerdos era borroso: luces de ambulancias, muchas caras desconocidas mirándome, el típico olor a hospital, un doctor consolando a mi padre. Varios recuerdos menos el de mi madre. Murió al instante en el choque. Yo tardé una semana en salir

del hospital, mi padre jamás se recuperó. No pude despedirme de ella. Quizá piensen que es una tontería, pero me produjo más dolor no poder haberle dedicado unas últimas palabras, que la propia pérdida en sí. Cuando los médicos me dieron el alta, mi padre ya se había encargado del entierro, y jamás volví a verla. Me prometí que entraría en las fuerzas del orden, para evitar accidentes y atrapar delincuentes. Mi padre se propuso acabar con su vida a base de alcohol, y en varias ocasiones, durante mi adolescencia, casi lo consigue. El hijo pasó a cuidar del padre, contra natura.

Me encaminé hacia la cafetería habitual para desayunar y despejar mi cabeza de pensamientos oscuros. Debíamos detener a esos criminales o acabaría volviéndome loco. Levanté la cabeza del diario, que en primera página hacía eco de la quinta víctima mortal en la población, para ver cómo la camarera depositaba el desayuno en la mesa y también dejaba el café de Joan que, sin haberme dado cuenta, estaba sentado frente a mí.

- Perdona Joan, ni te había visto llegar - dije a modo de disculpa.
- Tranquilo, estoy acostumbrado a que me ignoren - contestó irónicamente.
- No empecemos con conspiraciones, Joan - comenté mientras reía.

- Cinco muertes en un pueblo como éste son muchas - dijo cambiando de tema por completo.
- Sí - contesté sin saber bien qué decir.
- ¿Te sientes frustrado? - preguntó Joan mientras me dirigía una enigmática mirada.
- ¿Cómo? ¿A qué te refieres?
- Eres policía, ¿no es así?
- Sí, sí. La verdad es que siento algo de impotencia - dije sin querer dar muchos datos y preguntándome como conocía mi profesión. No recordaba habérselo dicho nunca.
- Si no los detenéis pronto, la cosa se va a complicar mucho por aquí.
- ¿Por qué hablas en plural?
- Tengo entendido que Pere Amat no era un hombre débil. Creo que debió ser reducido por más de un hombre - respondió mientras me miraba fijamente a los ojos. Aquélla debía ser una de las conversaciones más largas que había tenido jamás con Joan y empezaba a darme escalofríos.
- ¿Por qué dices que se va a complicar?
- No sé si te has dado cuenta pero en las calles ya se respira el miedo. La gente desconfía hasta de sus propios vecinos, y la ausencia de

resultados en la investigación no inspira confianza precisamente.

- Estamos haciendo todo lo posible - dije con tono enfadado, apuré mi café con leche y me fui de la cafetería dejándole allí.

Llegué a la comisaría media hora antes de mi horario habitual. Entré en mi despacho, me acomodé en la silla y, mientras se encendía el ordenador, cogí la carpeta del expediente para repasarlo todo una vez más. Había algo que se nos escapaba. A las ocho en punto llegó Daniel, y entró en mi despacho para saludar. Tras él llegó Ernest y con un gesto de su mano expresó que le siguiéramos. Una vez en el despacho del inspector, nos informó que, por fin, habían dado con el rastro del fármaco utilizado para dormir a las víctimas. Al parecer, una remesa de Rohipnol, para su uso como sedante, había desaparecido del centro de asistencia primaria de Sant Feliu, tanto de ampollas inyectables como de comprimidos.

- Entonces, ¿se trata de algún médico o enfermera? - pregunté sin dirigirme a ninguno de los dos en concreto.

- Podría ser, pero no debemos descartar al personal de mantenimiento y limpieza. Será

mejor pasarse por el centro para intentar seguir la pista del sedante - concluyó Ernest.

Al salir del despacho y dirigirnos a la puerta nos encontramos con una sorpresa. Mónica estaba allí esperando. La agente de la garita de recepción me indicó que quería hablar conmigo. Me acerqué a ella, que esperaba sentada en los típicos bancos de plástico de muchas salas de espera. Vestía una camiseta blanca, muy ceñida, que remarcaba sus senos, desprovistos de sujetador, y una falda, también blanca y bastante corta, que resaltaba sus perfectas piernas bronceadas. Cuando conseguí levantar la vista hasta sus ojos, me obsequió con una bella sonrisa, que consiguió turbarme.

- Mónica, ¿ha sucedido algo? - pregunté intentando salir del estado de estupidez que me provocaba aquella preciosa mujer.

- No, señor Fàbregas, pero he recordado algo que quizás les ayude.

- Llámame Víctor, por favor. Ahora nos dirigíamos al centro médico, es importante. ¿Te importaría venir? No es algo habitual - apunté mirando a Daniel -, pero quizá puedas reconocer a alguno de tus asaltantes allí.

- ¿Sospechan de algún médico? - preguntó con un atisbo de preocupación.

- De nadie en concreto, pero podría ser que trabaje o haya trabajado allí.

Salimos de la comisaría y subimos al coche sin distintivos que utilizaba la unidad de investigación. Daniel ocupó uno de los asientos traseros caballerosamente, dejando que Mónica ocupara la plaza de copiloto. Arranqué el vehículo y puse rumbo al centro médico. Mientras conducía, por el rabillo del ojo podía ver las piernas de Mónica, que había cruzado y la falda dejaba una generosa parte de ellas al descubierto. Sentí vergüenza por mirar a aquella chica teniendo a mi esposa embarazada e intenté concentrarme en la calle.

- ¿Qué es lo que has recordado? - pregunté para desviar mi mente de sus muslos.

- Creo que tanto el tío que me intentó atacar en el aparcamiento como el que nos siguió hace dos días, son marroquíes, o de raza árabe - dijo como haciendo un esfuerzo por recordar.

- ¿Crees o estás segura?

- Estoy bastante segura de esos dos, pero del que golpeó a Gemma no. No conseguí verle la cara.

- Si el cómplice del que te atacó en el aparcamiento trabaja en el centro médico, ésa



sería la razón de que no hubiéramos encontrado ningún registro de entrada de un chico con la pierna rota, ni en los hospitales y centros médicos de los alrededores - comenté mirando por el retrovisor a Daniel y apretando más el acelerador.

Llegamos al centro médico y aproximadamente dos horas después salimos de allí casi como habíamos entrado, con sospechas pero pocas pistas que seguir. La directora del centro no sabía quien había robado los sedantes, y nos informó que no tenía ningún empleado marroquí o árabe, pero no hacía mucho habían despedido a un enfermero, autóctono, por extraviar unas historias. Hicimos algunas preguntas a las enfermeras encargadas de controlar los suministros de medicamentos al centro, pero tampoco sabían gran cosa. Por desgracia, tampoco el personal de mantenimiento nos pudo ayudar. Habían intentado localizar al chico despedido, por si era el autor del robo del Rohipnol, pero no contestaba al teléfono. Pensé que probablemente el nombre que había dado, Alfonso Lopez, y su dirección, serían falsos, pero no perdíamos nada pasando por el domicilio.

En escasos minutos estábamos en el supuesto domicilio del empleado despedido. El edificio, de aspecto ajado y con más de treinta años, estaba situado en la carretera de Palamós, muy cerca del

centro médico y del lugar donde se había encontrado el cadáver de Pere Amat. El portal estaba abierto, así que subimos hasta el tercer piso. El viejo bloque no disponía de ascensor, y nos tocó hacer un poco de ejercicio. Yo encabezaba la marcha, Mónica me seguía de cerca y Daniel cerraba el grupo. Llegamos a la puerta en cuestión justo en el momento en que se abría, y salía una anciana que nos miró extrañada. Como ya esperaba, allí no vivía ningún Alfonso Lopez.

Salí de allí con la moral por los suelos, y al subir al coche, sobre las once de la mañana, decidí echar mano de la información que nos había dado Mónica. Propuse pasar por los locutorios telefónicos del barrio de Vilartagas, donde se concentraba gran parte de la inmigración de la población, acompañados por Mónica, ya fuera por la desesperación por encontrar a los criminales o por continuar cerca del magnetismo de aquella chica. El protocolo hubiera dicho que debíamos volver a repasar rostros de delincuentes fichados en el ordenador. Esperaba, por el bien de la población, que los asesinos no fueran inmigrantes. Después de todo el racismo que la crisis económica estaba generando, unos asesinos de raza árabe no serían de gran ayuda para la reputación de la comunidad extranjera.

## CAPÍTULO 18

*No hay lucha más dura que mantener la tristeza fuera de uno mismo. Cuando se apodera de ti se necesita un gran esfuerzo para volver a sacarla de tu vida, y aún así, siempre deja secuelas. Por desgracia todos la conocemos tarde o temprano y, aún sabiendo de sus estragos, reincidimos varias veces en nuestra vida. Debemos sentirnos afortunados por todo el tiempo que se mantenga alejada de nosotros. ¿Son ustedes lo suficiente fuertes?*

No sabía a ciencia cierta que quería encontrar patrullando por las calles del barrio de Vilartagas, donde estaban la mayoría de comercios regentados por inmigrantes, sobretodo marroquíes. No quería volver a la comisaría sin nada otra vez más. Deseaba encontrar a aquellos asesinos y acabar con la espiral de locura que se había cernido sobre Sant Feliu. Y la clave parecía estar en aquella chica. Ella podía identificar a sus asaltantes, si por casualidad nos cruzábamos con ellos. Comprendía que lo más probable era que no estuvieran expuestos a que los vieran a la luz del día, más aún cuando habían dejado con vida a las chicas, pero patrullar por la población era mejor que estar sentado en la comisaría. Después de un par de aburridas horas de patrulla, miré a Mónica y observé que recibía un mensaje de texto en su móvil. Había enviado y recibido varios durante esas dos horas, y me pregunté si le estaba haciendo perder el tiempo.

- Si tienes que irte dilo - le dije mirándola a través del espejo.

- No, tranquilo. Le envió un mensaje a Gemma para que no se preocupe. Ella suele dormir bastante más que yo, y después del ataque le

conviene descansar - contestó mostrando su embriagadora sonrisa.

- ¿Sueles venir de vacaciones a Sant Feliu? - le pregunté para mantener conversación mientras continuábamos la monótona patrulla.

- Desde que conozco a Gemma cada verano.

- Si aquellos hombres os esperaban, podría ser que os hubieran vigilado durante algunos días. ¿Tenéis algunas rutinas diarias?

- Casi todos los días son rutinarios. Nos levantamos, vamos a la playa, volvemos a casa por la tarde y nos preparamos para salir de marcha por la noche. Descanso y ocio.

- ¿Nada más? ¿No habéis visto a nadie que pudiera parecer que os seguía?

- Si nos han seguido no nos hemos dado cuenta. Además, yo me levanto más temprano que Gemma y suelo ir a hacer “footing” cada día, sobre las nueve y media, a la ermita de Sant Elm. ¡No me lo salto aunque nieve! ¿Puede ser peligroso? - preguntó Mónica mostrando una ligera preocupación.

- Supongo que si te quisieran atacar ya lo hubieran hecho. De todas formas si sigues saliendo a correr ve con mucho cuidado. Si notas que alguien te sigue intenta frecuentar calles más transitadas. Nadie te atacará a plena luz del día

en el paseo, por ejemplo - le dije a la muchacha para tranquilizarla.

- Una pena porque me encanta la ermita. Es un paraje con unas vistas magníficas. No creo que varíe esta rutina. Estoy dispuesta a que me maten antes de renunciar a esas vistas - comentó Mónica con ironía.

- Tienes razón Víctor. - intervino Daniel, susurrando cerca de mi oreja - Si hubieran querido atacarla ya estaría muerta. O los hombres que las atacaron no son los asesinos, o...

- ...¡El objetivo es Gemma! - acabé la frase de Daniel al tiempo que daba un frenazo.

Después de que Mónica nos dijera que Gemma estaba sola en casa, ya que sus padres habían ido a pasar el día a Girona con unos amigos, di media vuelta como pude en la calle y puse la sirena de mano, dirigiendo el coche hacia el domicilio de los Pla. Mientras tanto, Mónica llamaba a Gemma, tanto al móvil como al fijo, con idéntico resultado: no contestaba. Una creciente preocupación se volvió a apoderar de mí, mientras Daniel volvía a ensimismarse en sus pensamientos. Era poco más de la una de la tarde cuando llegamos a la calle Sant Joan. Al ser una calle peatonal, tuvimos que dejar el coche mal aparcado, al inicio de la calle en dirección

opuesta al paseo. Bajamos del coche y caminamos a grandes zancadas, pero sin llegar a correr, los doscientos metros que nos separaban del edificio donde residían Gemma y sus padres. Era un edificio antiguo, de tres plantas, donde la planta baja era el garaje para los coches y las otras dos pisos residenciales, uno de ellos propiedad de los Pla. Subimos las escaleras rápidamente y, viendo que la puerta estaba entreabierta, nos preparamos para entrar en la vivienda. Me giré hacia Mónica y, con un gesto, le indiqué que se quedara fuera. Daniel empuñó su arma y yo hice lo propio. No recordaba ya la última vez que había tenido que desenfundar mi arma reglamentaria, menos aún cuándo la había disparado en acto de servicio. Empujé la puerta mientras Daniel apuntaba al interior. Asintió con la cabeza, para indicar que estaba despejado, y entré en el recibidor. Un largo y estrecho pasillo llevaba al salón, del cual sólo alcanzaba a ver parte de una mesa. A ambos lados del pasillo había cuatro puertas. Tres dormitorios y un baño, pensé. Eché la vista atrás y observé que Mónica miraba con preocupación hacia el interior. Con el brazo extendido y la mano abierta quise decirle que no entrara. Con un ligero movimiento de cabeza mi compañero me indicó la primera puerta, y nos apostamos uno a cada lado del marco. Cogí el pomo y en un rápido movimiento abrí y empujé la puerta mientras Daniel entraba con el arma en alto. La habitación resultó ser el baño, que estaba vacío. Era un baño completo, con ducha y bañera por

separado, muy amplio y con unas baldosas de un color azul muy vivo que hacían pensar que aquel alicatado había sido colocado mucho tiempo atrás. Salimos del baño y repetimos el proceso en la habitación de enfrente, con idéntico resultado: no había nadie. Era la habitación de invitados, que parecía no haber sido usada hacía bastante tiempo, ya que los Pla guardaban allí varios objetos de uso habitual: la tabla de planchar, una bicicleta estática y un colgador de chaquetas, entre otras cosas. La siguiente habitación era la que compartían Mónica y Gemma. Vimos ropa de ambas en el suelo, una toalla aún mojada y la cama por hacer. Las toallas de playa y los bikinis se secaban en una silla cerca de la ventana, que estaba abierta. Pensé que quizá Gemma se había duchado y había salido a tomar algo, olvidándose la puerta abierta del piso. La habitación que quedaba por asegurar sólo podía ser la del matrimonio Pla, y observamos que estaba entreabierta. Nos acercamos sigilosamente y empujé lentamente la puerta. Cuando di un paso hacia el interior, algo se abalanzó sobre mí. Me eché hacia atrás chocando con la pared del pasillo y noté un corte en el brazo. Cuando me disponía a disparar, con el corazón a punto de estallar, escuché la voz de Mónica.

- George! Ven aquí pequeño! - llamó al gato de la familia, que tenía el nombre en honor a George Clooney, y que de pequeño tenía bien poco.



- Jodido gato! - exclamé mientras Daniel y yo nos mirábamos e intentábamos recuperar la tranquilidad.

El gato se fue con la chica y nos dejó vía libre para inspeccionar la habitación. Al contrario que la de las chicas, ésta estaba pulcra y recogida. Se notaba la mano de la señora Pla, una maniática del orden. Sólo nos quedaba el salón, desde donde supuse que se accedería a la cocina. Entré en el salón y enseguida vi que alguien estaba tumbado en el sofá, cuyo respaldo estaba apostado contra la pared que separaba la cocina del salón. Apunté hacia el sofá y di un paso adelante, en el preciso instante que reconocí el cabello de Gemma en la silueta que estaba tumbada. Tenía la cara girada hacia el respaldo y el cuerpo tapado. Deseando que estuviera durmiendo indiqué con la cabeza a Daniel que asegurara la cocina mientras yo me acercaba a Gemma para comprobar su estado. Bajé el arma y posé la mano con suavidad en su hombro para despertarla, pero no hubo respuesta. Puse mi dedo índice y corazón en su cuello, buscando la arteria yugular, y al no notar el pulso maldije a todos los demonios. Daniel salió de la cocina con el arma bajada y levantó el dedo pulgar. Separé la manta del cuerpo de Gemma y pudimos contemplar la palabra grabada en su vientre, una palabra que ya esperaba: ASMODEO.

- Lujuria - dije en voz baja observando el bello, pero mutilado, cuerpo desnudo de la chica.

Me di la vuelta para evitar el mal trago a Mónica, pero ya era tarde. Ella ya estaba en el salón con los ojos fuera de sus órbitas y tapándose la boca con las manos.

## CAPÍTULO 19

*Pocas cosas hay más poderosas que la pasión. Cuando nos atrapa no nos deja, hasta satisfacer todas sus necesidades. Nos deja a merced de nuestros instintos más primarios, desactivando cualquier atisbo de lucidez en nuestro cerebro. A pesar del atontamiento temporal, es una sensación maravillosa, y deberíamos hacer todo lo posible por mantener viva esa llama el máximo tiempo. ¿Qué estarían dispuestos a hacer para mantener la pasión?*

Cuando la primera lágrima hizo acto de presencia en la mejilla de Mónica, ya nada pudo contener a las siguientes. Cabizbaja, Mónica dejó atrás la entereza que había mostrado al encontrar el cadáver de su amiga, y se derrumbó en un mar de lágrimas. Me acerqué y, con mi mano en su barbilla, levanté suavemente su rostro. Mientras intentaba calmar sus sollozos, me miró. Quedé hechizado al instante por aquellos verdes y profundos ojos que, en aquellos momentos, eran una ventana abierta a su corazón, donde pude vislumbrar su tristeza. Empezó a temblar levemente y la rodeé con mis brazos. Habíamos bajado a tomar el aire y le propuse volver a subir al piso de los padres de Gemma, mientras éstos llegaban de Girona e iban a reconocer el cuerpo de su hija, que ya estaba camino del instituto anatómico. Hablé con el agente apostado en la entrada del edificio y con Daniel, y acordamos que me ocuparía de la seguridad de Mónica. Diez minutos más tarde la calle se había despejado de los destellos de las luces de los coches policiales. El silencio volvía a reinar.

Mónica, sentada en el sofá, esperaba a que le preparara una tila mientras seguía gimoteando. Una vez tuve lista la infusión, fui a buscar una chaqueta fina a la habitación de las chicas, ya que, aunque

hacía bastante calor, ella seguía temblando y estaba destemplada. Me senté a su lado y cubrí sus hombros con la chaqueta. Tenía la mirada perdida en la taza de tila, aún intacta, evitando mirar hacia el otro sofá, donde habíamos encontrado el cuerpo de Gemma. Estuve unos minutos en silencio, sopesando cuales serían las palabras correctas, pero no las encontré. Mónica posó su mano sobre la mía, que descansaba sobre mi muslo. Ladeé la cabeza buscando su mirada, sintiéndome ligeramente incómodo y turbado, y me encontré con sus penetrantes ojos.

- Gracias por estar a mi lado - dijo, esbozando una ligera sonrisa.

Era increíblemente bella. Su belleza casi ocasionaba dolor físico y yo, nuevamente perdido en sus ojos, me sentía mal por pensar así. Sin casi darme cuenta, había pasado de la admiración al deseo. Tenía que salir de allí o acabaría pasando aquello que empezaba a desear que pasara. La tentación era demasiado grande. Me incorporé para bajar a la calle y hacer guardia, mientras volvían los padres de Gemma. Pero no logré dar dos pasos. Su mano se aferró a mi brazo y se levantó.

- No te vayas - dijo casi en un susurro.

Me volví hacia ella mientras bajaba la cabeza. Fue Mónica entonces quien hizo el mismo gesto que había hecho yo minutos antes para reclamar su atención. Evitaba sostener su mirada pero finalmente caí en su dulce trampa, la dulce tortura que me suponía su visión. Supe en ese instante que no tendría fuerzas para soportar la tentación. Mi particular Eva estaba a punto de hacerme morder la manzana. Mientras continuábamos perdidos el uno en la mirada del otro, nuestros labios se acercaban, milímetro a milímetro. A pesar de que el deseo me estaba matando, el beso tardó en llegar. Muy lentamente nuestros labios se fundieron en un beso suave y cálido. Aún recuerdo ese primer beso, y no he conocido nada que se le pudiera igualar. Todo se detuvo durante ese momento. Nuestros labios se separaron levemente, para volver a fusionarse con más fuerza. Noté el cálido tacto de su lengua en la mía, y el deseo que tanto había contenido, estalló de repente, incontrolable. Deslicé mis manos por su espalda y luego las levanté, despojándola suavemente de su camiseta. Me incliné levemente para besar su cuello, con toda la fragilidad que pude en mi estado de frenesí sexual. Ella, imitó mi gesto, y dejó mi pecho libre de ropa. Pasó su mano por mi espalda desnuda, hasta llegar a mi cuello, acercando mi cabeza a la suya para volver a besarme con pasión desenfrenada. Con la misma torpeza y ansiedad de un adolescente, liberé sus preciosos, y generosos, senos del sujetador, no sin algún esfuerzo. Deseoso de ir más lejos, no tardé en

desabrochar, y quitarle, su falda, mientras seguíamos con nuestros labios unidos. Salvo por el pequeño tanga que llevaba, todo su bien bronceado cuerpo quedó al descubierto. Cuando estás llegando a la cuarentena, sabes bien qué es en verdad hermoso y qué vale la pena con sólo verlo una vez. Y yo lo estaba viendo en ese momento. Tenía miles de preguntas que hacerle, miles de cosas de qué hablarle y, sin embargo, cuando la veía todo se me olvidaba. Mi corazón estaba a punto de explotar, o de salir despedido de mi pecho. Si me lo hubiera pedido, aquella noche hubiera muerto por ella. Por unos instantes nos quedamos atónitos, sin decir nada, intercambiando nuestras miradas. ¿Alguna vez han mantenido una conversación sólo con miradas? Pues eso fue lo que pasó. Entonces fue ella quien tomó la iniciativa, desabrochando mi pantalón, y deslizando su mano dentro. Con facilidad encontró mi miembro, ya erecto, y empezó a tocarlo, llevándome a un nuevo estado de placer. Con mi adrenalina desbocada, la alcé en mis brazos, y la llevé a la habitación. Después de dejarla recostada en la cama, me incliné sobre ella y, separando sus perfectos muslos, entré suavemente dentro de ella, mientras Mónica dejaba escapar un gemido ahogado. No recuerdo por cuanto tiempo hicimos el amor, tan sólo que caímos rendidos en la cama, el uno al lado del otro, hasta que nos dormimos entre caricias mutuas.





## CAPÍTULO 20

*Los hay que creen en una u otra religión, y sus doctrinas rigen sus actos. Los hay que creen en la ciencia, y se pasan la vida intentando encontrar el porqué de las cosas a través de ella. También los hay que creen en la política, y se dejan atrapar por su dulce sensación de poder. Pero hay algunos que no creen en nada. Quizá piensen que son unos pobres infelices que no saben donde posicionarse, pero créanme, es probable que sean los que estén más cerca de la verdad. ¿En qué creen ustedes?*

Un leve ruido me despertó. Parecía la puerta de entrada. Los padres de Gemma, supuse. Como empujado por un resorte me levanté de la cama y empecé a vestirme a toda prisa. Mónica seguía profundamente dormida, con su sedoso cabello a un lado, dejando al descubierto su bello rostro. Me acerqué a la puerta y abrí muy lentamente y observé por un pequeño resquicio. Miquel intentaba consolar a Dolors, que lloraba como, seguramente, nunca lo había hecho.

Salí de casa de los Pla con rapidez, haciendo el menor ruido posible y sin ser visto, y puse rumbo a mi casa. Apenas había trescientos o cuatrocientos metros entre mi piso y el de la familia de la difunta Gemma, pero me sentía más lejos de casa que nunca. Acababa de hacer el amor con una de las chicas más hermosas que jamás había visto, pero ni esto podía aliviar el vacío que empezaba a poseerme. Había traicionado a mi mujer, un año después de prometer amor eterno. Caminaba cabizbajo por el transitado paseo, pensando si tendría suficiente valor para mirar a Raquel y hacer como si nada hubiera pasado. Una y otra vez me venían a la mente imágenes de Mónica, sacándome de mi estado de auto flagelación, recordando besos y caricias de unas horas atrás, para luego volver a

tener remordimientos. Aquella chica, aunque era toda una mujer, había acabado por desquiciarme. Los asesinatos me tenían en vilo, mis pesadillas hacían mella en mi descanso, y aquella belleza había conseguido que traspasara la línea de la cordura a la locura con suma facilidad. Me paré en el portal y eché la memoria atrás. Justo antes de los asesinatos yo era un hombre felizmente casado, esperando un hijo con ilusión. Ahora era un hombre casado esperando un hijo. Sólo habían cambiado dos palabras, y ambas bien podía usarlas cuando estaba cerca de Mónica. Decidí no pensar. Era lo mejor. Abrí el portal y subí las escaleras.

Me desperté empapado en sudor, como de costumbre, aunque aquella noche mi pesadilla me había dado una tregua. Me aseé a toda prisa y salí de casa sin siquiera mirar a Raquel. El sol ya había hecho acto de presencia, pero aún no hacía el típico bochorno costero. El aire fresco me sentó bien, y disfruté de mi pequeño paseo hasta la cafetería. Como cada día, no había mucha gente a esas horas, y el único movimiento que se vislumbraba en el paseo procedía de la cafetería, donde la camarera estaba abriendo las puertas. Justo a tiempo, pensé. Entré y me senté en la mesa más cercana a la puerta. La camarera, un tanto extrañada por no verme sentado en la mesa de siempre, vino y me preguntó si deseaba tomar mi desayuno habitual. Asentí y me levanté para coger el diario. En portada

se informaba de la muerte de Gemma, y pasé rápidamente las páginas. Me concentré en los deportes y el tiempo. Al parecer, había refrescado el ambiente porque teníamos cerca una pequeña borrasca, que incluso podría dejar alguna precipitación, pero en dos días volvería el calor infernal. Infernal, nunca mejor dicho, pensé. El mundo se estaba yendo a la mierda. Asesinatos, terremotos, tsunamis, huracanes, el calentamiento global... Parecía que el caos se quería establecer en la tierra, y lo estaba consiguiendo. No puede ser, me dije. No me podía creer que estuviera sopesando la posibilidad de que un mesías satánico llegara al mundo para extender el mal. Que hubiera unos asesinos locos y despiadados podía entenderlo, pero lo sobrenatural no estaba a mi alcance. Nunca había creído ni en Dios ni en el Demonio, pero siempre decía que si existiera uno de los dos me decantaría más por el segundo, ya que para el ser humano es mucho más fácil hacer el mal que el bien. Cerré el diario mientras pensaba, hipotéticamente, cómo se podría parar al anticristo. Sin duda sería una tarea muy complicada, y la única solución sería parar a sus lacayos antes de que cometieran el último asesinato. Cerré el diario y me froté los ojos. Tenía que dejarme de tonterías y poner los pies en el suelo, concentrarme en detener a esos criminales, que eran de carne y hueso. La camarera se acercó a la mesa, dejó mi bocadillo de queso, mi café con leche, y una taza de café solo. Levanté la vista y observé que Joan estaba sentado

a mi mesa y ni siquiera me había percatado de su presencia, concentrado en mis elucubraciones. Me sonrió, entendiendo que me acababa de dar cuenta de que estaba allí.

- Joan, lo siento, no te había visto - dije a modo de disculpa.

- Pareces preocupado - contestó sin dejar de sonreír.

- Como no estarlo con tantos asesinatos.

- Sí, es una locura. Que Dios nos ampare - susurró Joan.

- ¿Dios? ¿Crees en Dios? - le pregunté extrañado, pues no parecía la clase de persona que creyera en nada.

- Todos creemos en algo, incluso tú. Unos creen en Dios, otros en Alá, algunos en el más allá, los hay que creen en el Diablo, y quien cree que existe una fuerza superior que rige el destino de todos. Todo el mundo necesita creer en algo. ¿Tú en qué crees?

- No lo sé - dije mientras me levantaba de la silla, sin siquiera probar bocado.

Dejé el dinero en la mesa y decidí irme a trabajar. Me giré justo antes de salir y vi que Joan me miraba,

con la misma sonrisa que había tenido en todo momento, mientras la camarera retiraba mi desayuno y su café, que seguían intactos. Vacilé unos segundos en la puerta, y finalmente salí del local intentando despejar mi cabeza.

Llegué a comisaría, y en mi despacho me esperaba la primera sorpresa que me depararía ese día. Daniel Cabello estaba sentado en una silla frente a mi escritorio y una maleta descansaba en el suelo a sus pies.

- Hola Daniel. ¿Que tal estás? - saludé.

- Me voy Víctor. Me reclaman en otra ciudad - comentó con gesto serio.

- ¿Cómo? No hemos acabado la investigación - dije contrariado.

- Lo sé, pero mi trabajo aquí sí. He hablado con Ernest y le he dejado un perfil de los sospechosos que buscáis.

- ¿Y eso es todo? - pregunté cada vez más enojado.

- Víctor, esto no son asesinatos rituales. Hay una serie de adolescentes, probablemente, que están sembrando el pánico, pero esto cada vez tiene menos pinta de ritual satánico. Mi superior me envía a otro sitio, no puedo hacer nada más.

- ¿Ya no crees que el anticristo esté al caer? - pregunté con sarcasmo.

- Los sacrificios satánicos tienen como víctimas a mujeres vírgenes. El joven Amat no parecía una mujer, y Gemma no creo que fuera virgen. Créeme Víctor, aquí no va a venir ningún anticristo, ni habrá ninguna misa negra. Mira el perfil que le he dejado a Ernest y espero que tengas mucha suerte. Ha sido un placer conocerte - dijo mientras se levantaba y recogía su maleta.

- Sí, sí - fueron las únicas palabras que balbuceé para despedirme de Daniel.

Cuando Daniel se hubo marchado, salí de mi despacho y quise entrar en el de mi superior, Ernest, hecho una furia y sin llamar a la puerta. Pero cuando estuve ante la misma me detuve a tomar aire. Era muy posible que el inspector no tuviera culpa de la marcha de Daniel. Las órdenes venían de arriba. Decidí salir a la calle a calmarme. Cuando estaba a mitad de pasillo, Ernest salió de su despacho, e intentó entablar conversación conmigo.

- Víctor nos han traído el último informe forense. Han sido muy rápidos.

- ¿Alguna novedad? - pregunté sin mirarle y continuando mi camino. ¿Que no eran asesinatos

rituales? ¡Y una mierda! Estaba convencido que los iba a encontrar y demostrar a todos que se equivocaban.

- El fragmento de piedra verde que encontraron en la anterior víctima parece ser esmeralda que se puede encontrar en... - pero ya no le escuchaba, concentrado en que órgano les faltaba para su jodido anticristo -. En el sobre tienes la muestra.

Me disponía a salir de la comisaría para despejarme, y vi una figura conocida en la calle. Era Mónica, que se preparaba para entrar. Me acerqué a ella y comprobé que llevaba una maleta.

- Hola. ¿Dónde vas? - le pregunté sorprendido de verla allí.

- Venía a despedirme. Los padres de Gemma me han pedido que me vaya, ya que les traigo muchos recuerdos de su hija y es muy duro. Regreso a Barcelona después del funeral - respondió ella con tristeza.

- ¿A qué hora es?

- La misa será a las doce. ¿Vendrás? - me preguntó mientras sus preciosos ojos escrutaban los míos.

- Sí. ¿Te acompaño?



- Por favor. Necesitaré compañía.
- ¿Quieres quedarte en casa unos días? - le propuse sin saber bien porqué.
- No quisiera molestar. Sólo sería un estorbo para ti y tu mujer - contestó mirando de reojo el anillo que lucía en mi mano.
- No digas tonterías. Yo estaré trabajando y Raquel tendrá alguien con quien hablar. Tienes la playa muy cerca y podrás relajarte unos días antes de volver a casa.
- No lo sé Víctor. Quizá me venga bien estar acompañada unos días más. Mis padres aún no han regresado a Barcelona de sus vacaciones.
- Pues no se hable más. Vamos a casa, dejás la maleta y vamos al funeral - dije mientras pensaba como le explicaría a Raquel la invitación.

La gente empezó a entrar en la parroquia de la “Mare de Déu dels Àngels”. La iglesia se encontraba dentro del conjunto del Monasterio de Sant Feliu de Guíxols. Mónica y yo esperábamos ante la “Porta Ferrada”, la fachada de entrada a la iglesia, que precede a la fachada principal. La “Porta Ferrada” es una construcción prerrománica, que fue descubierta en una restauración del año 1.931. Se cree que es la fachada del palacio de un abad o un gobernador civil. En la actualidad sirve como atrio de la iglesia de estilo románico.

Cuando hubieron entrado todos los asistentes al funeral nos decidimos a entrar. Bajo el ábside central se encontraba el párroco junto al ataúd de Gemma. Los padres y la familia estaban sentados en las primeras filas, y nosotros nos quedamos en las últimas, a petición mía. La ceremonia fue muy sencilla y no se alargó más de media hora. El trato, sobrio y cercano, del cura con la familia, me agradó mucho. Parecía una persona acostumbrada a vivir entre el dolor de la gente y preparado para consolar a quien lo necesitara. Al salir me acerqué a los señores Pla y les di mi más sentido pésame, pero Mónica no quiso acercarse. Me comentó que ya se había despedido de ellos y no quería provocar más lágrimas de las necesarias.

Llegamos a casa y mientras le explicaba a Raquel el motivo de la invitación de Mónica, ésta se marchó a la playa, para dejarnos intimidad. Raquel aceptó de buen grado a la nueva inquilina, sabiendo que serían tan sólo unos días, y su bondad aún me hizo sentirme más culpable por mi desliz con la joven muchacha. Después de la conversación decidí volver a la iglesia, para hablar con el párroco. No sabía muy bien que buscaba, si el perdón a mis pecados o información sobre qué estaba ocurriendo en el pueblo. Al llegar a la iglesia, el padre Pallardó salía de la misma para ir a comer y le invité a un almuerzo en un restaurante cercano. Mientras disfrutábamos de una buena paella marinera, cruzamos pocas palabras pero, al llegar a los cafés,

me atreví a hablarle de mis temores, pero no de mis pecados.

- Padre, ¿cree en la llegada del anticristo? - le pregunté.

- Siempre he dicho que, si existe Dios, la bondad suprema, es probable que exista el Diablo, la maldad suprema. Ahora, tanto el mesías maligno como el benigno, son más bien iconos de cambios en la mentalidad humana. Conocemos una parte de la historia de Jesús de Nazaret, pero Dios existía mucho antes de su llegada. En aquella época la sociedad necesitaba un cambio en las creencias, y Jesús ayudó a los que necesitaban ese cambio a que lucharan por ello. No creo que un día llegue un anticristo, físicamente hablando, que destruya el mundo, pero pienso que puede llegar alguien que intente hacer cambiar a la gente, y las conduzca a hacer el mal.

- ¿Entonces no cree tampoco en el Apocalipsis, en el fin del mundo?

- “Y el sol se puso negro como tela de cilicio, y la luna se volvió toda como sangre, y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera deja caer sus higos cuando es sacudida por un fuerte viento. Y el cielo se desvaneció como un pergamino que se enrolla; y todo monte y toda

isla se removió de su lugar. Y los reyes de la tierra, y los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes, y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquél que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero porque el gran día de su ira ha llegado, ¿y quién podrá sostenerse en pie?”<sup>1</sup> - entonó el párroco recitando la Biblia - ¿De quién crees que es la ira que llegó, de Dios o del Diablo?

- De Dios, supongo - respondí incrédulo.

- Exacto, aunque el cordero se ha asociado muchas veces al Demonio. Todo lo que se explica en la Biblia no tiene un sentido literal. Hay muchos capítulos escritos en clave, otros que tienen diferentes interpretaciones, y los hay que son muy ambiguos. Sargento, en esta población se están dando muertes extrañas, pero no debemos atribuir las ni a la ira de Dios ni a la del Diablo. Llegue, o no, el día del Apocalipsis, el día del juicio final, no serán hombres los que lo provoquen. De eso debe estar usted muy seguro.

Salí del restaurante con más dudas de las que llevaba al entrar. Mi cabeza era un hervidero de problemas, entre los que se encontraban Mónica y Raquel y, como no, los asesinatos y la posible

vinculación a algo sobrenatural. Me sentí extremadamente cansado, y llamé a Ernest para decirle que me encontraba mal y estaría en casa, localizable por si se me necesitaba. A regañadientes aceptó y, por fortuna, no necesitó de mis servicios en lo que restaba de día.

<sup>1</sup> La Biblia. Apocalipsis 6:12-17



# CAPÍTULO 21

*¿Nunca han tenido la solución a un problema tan cerca que no se han percatado?*

*Suele ser muy común, pues todo lo que nos rodea es tan cotidiano para nosotros que no nos paramos a observarlo con detenimiento. Si mirásemos más a menudo más allá de nuestro propio ombligo, probablemente nos daríamos cuenta de que tenemos las soluciones a nuestros problemas mucho más cerca de lo que pensamos. ¿Saben ustedes observar y dejarse ayudar?*

Eran las nueve de la mañana cuando, harto de estar en el despacho sin saber qué hacer, subí al Seat Toledo plateado y sin distintivos. Salí sin decir nada a nadie, sin un rumbo fijo. Sabía que se me escapaba algún detalle que, por pequeño que fuera, podía ser muy importante para la investigación. Al salir me recibió un cielo congestionado de nubes de un color gris muy oscuro que amenazaban con lluvia a la bahía de Sant Feliu, y unos truenos, que resonaron sordos y largos, indicaban que no tardaría en cumplirse dicha amenaza.

Llegué al paseo y aparqué el coche en la zona reservada a vehículos oficiales del ayuntamiento. El viento arreciaba y sacudía con violencia las hojas de los plataneros. El tiempo era muy desapacible pero venía bien un descanso al bochornoso calor del verano. Sin saber bien porqué me dirigí al piso de los Pla, que estaban en casa de unos amigos, donde aún se podía ver el precinto policial en su puerta. La abrí sin demasiados problemas, utilizando un pequeño truco que ya creía olvidado. La puerta soltó un sonido quejumbroso, como si esperara a otro visitante. Fui directamente a la habitación de Gemma. Después de repasarlo todo me dije que lo mejor era abandonar la escena del crimen, que quizá no había ido allí buscando algo que diera luz a



la investigación. Realmente buscaba saber más de Mónica. Sabía que lo que habíamos hecho noches atrás estaba mal, que yo estaba casado y en breve tendría un hijo, pero no podía quitármela de la cabeza. En casa intentaba evitarla, no mirarla a la cara. Era una situación muy extraña y no sabía cómo resolverla. La cabeza me decía una cosa y el corazón otra.

Me senté unos segundos en la cama para aclarar mis ideas. Tenía que dejar de lado mi vida personal cuando estuviera trabajando, pero en los últimos días me estaba costando más de lo habitual. En la mesilla de noche, Mónica y Gemma me miraban sonrientes desde una foto en un marco de madera oscura. Me levanté y decidí irme de aquella casa, pasar allí más tiempo sólo me traería problemas. Cuando estaba a punto de cruzar la puerta un sonido en el suelo me hizo detener. Había desplazado algún objeto con el pie al caminar. Me agaché y estudié detenidamente cada baldosa, hasta que di con el objeto. Era una piedra de color verde, seguramente parte de alguna pieza de joyería. Tardé en reaccionar unos segundos, pero después una montaña de información llegó a mi cerebro a gran velocidad. La piedra verde era una fracción de esmeralda, como la que se había encontrado en el cadáver de una de las víctimas. Maldije no haber hecho caso a Ernest cuando me hablaba de la piedra encontrada en el cadáver. Habría que hacer un análisis comparativo pero yo ya

estaba seguro. Y también estaba convencido que esa parte de esmeralda era la que dos noches atrás colgaba del pendiente de Mónica. No quise creerlo. Mónica estaba involucrada de alguna manera en, como mínimo, un asesinato. Por eso no había sido agredida cuando las rodearon aquella madrugada. Seguramente tampoco le había enviado un mensaje a Gemma desde el coche patrulla, al contrario, avisaba a sus cómplices que su amiga estaba sola en casa. Mónica, que en ese instante estaba en mi casa, con mi mujer y mi futuro hijo. LEVIATÁN, el demonio de los celos.

Salí corriendo a la calle sin molestarme en cerrar la puerta. Me recibió un relámpago que iluminó el cielo, al que prosiguió un sonoro trueno. Seguí corriendo por la calle Sant Joan en dirección al paseo, intentado salvar los trescientos metros que me separaban de mi piso, mientras las primeras gotas de lluvia hacían acto de presencia. Una buena tormenta de verano se cernía sobre Sant Feliu, trayendo consigo el mal augurio que se había apoderado de mi cuerpo. Tardé apenas dos minutos en llegar al portal que abrí en un instante. Salvé las escaleras que llevaban hasta el piso en un abrir y cerrar de ojos y paré para tomar aliento en la puerta, mientras sacaba las llaves y mi pistola. Metí la llave en el bombín y giré intentando hacer el menor ruido posible. Empujé la puerta suavemente y crucé el umbral. No se oía sonido alguno. Empuñando mi

arma me aproximé a la habitación en la que habíamos cobijado a Mónica. La puerta estaba entrecerrada. Con el máximo sigilo la abrí. No había nadie dentro. Salí de la habitación y fui hasta el salón que también estaba desierto. Recorrí el resto de habitaciones con la misma fortuna, pero cada vez más desesperado. Mónica no estaba en el piso. Mi mujer tampoco.



## CAPÍTULO 22

*Cuando adoptamos la determinación de realizar cualquier acto, debemos llegar hasta el final. Todas las cavilaciones, y todo el tiempo, que nos ha llevado hasta ese momento no importan. Porque una vez estamos seguros, es mucho más peligroso volver atrás. Si erramos en nuestra decisión no pasa nada, pero si nos arrepentimos en el último momento, nunca nos perdonamos no haber llevado nuestra determinación hasta el fin. ¿Recuerdan la última vez que se arrepintieron por este motivo?*

Estaba abatido, sentado en el sofá del salón. A punto estuve de perder la cordura, y por eso había decidido sentarme, hasta recuperar mis cabales. Cuando estuve un poco más calmado, concentré mis esfuerzos en reflexionar donde podría estar Mónica, pero no conseguía concentrarme, sólo pensaba que podría ser la asesina que buscábamos y que mi familia podía estar en peligro. Decidí salir a la calle, coger el coche y dar unas pasadas por la población para ver si conseguía encontrarlas. Llovía abundantemente, y la tormenta estaba justo encima de Sant Feliu. Por fortuna, pensé, no duraría mucho, sólo era una tormenta veraniega. Intentaba no pensar en mi mujer, ya que podría influir negativamente en mis decisiones. Comencé a caminar en dirección al coche. Las olas rompían con mucha fuerza en la playa y, junto al estruendo de la tormenta, impidieron que escuchara con claridad a alguien que me hablaba. Me giré y observé, sorprendido, a Joan, que estaba sentado en el muro bajo, adornado por un pasamanos de hierro pintado de blanco, que separaba la acera del paseo marítimo de la playa. Hacía escasos segundos que había pasado por delante de él y ni le había visto. Joan, con su semblante inalterable, estaba sentado tranquilamente, sin importarle que la lluvia estuviera empapando su ropa.

- Joan, ¿ha dicho algo? - pregunté sin salir de mi asombro.

- Las personas somos animales de costumbres - dijo mientras se incorporaba y comenzaba a caminar en dirección opuesta a la mía.

Me quedé parado durante unos segundos, sin entender nada de lo que estaba pasando. Observé a Joan como se alejaba, sin siquiera preguntarle que hacía allí mojándose en medio de la tormenta, y menos aún que había querido decir con sus palabras. Decidí proseguir mi camino. Miré el reloj. Las diez menos cuarto. Di un paso más y caí en la cuenta de lo que había querido decir Joan. Era la hora del “footing” de Mónica. Recordé claramente sus palabras: “¡No me lo salto aunque nieve!”. Y también recordé a que lugar solía ir.

La sirena de mano del Seat Toledo rompía el ruido de la tormenta y resonaba en el paseo Rius i Taulet, que estaba desierto debido a la lluvia. En menos de dos minutos podía llegar a la Ermita de Sant Elm, pensé. Gracias al desapacible tiempo, seguramente no encontraría a las parejas de enamorados que solían subir a declararse su amor eterno, o a pasar un buen rato, en un marco incomparable y con unas vistas preciosas. Antes de

enfilear las últimas calles apagué la sirena, para no alertar a Mónica de mi llegada. Aparqué en la zona reservada al “Carrilet”, el tren turístico de la población. Salí del coche para quedar expuesto a la lluvia, fina pero muy densa. Una decena de escalones me separaban de la ermita. Al subir el primer tramo de escalera, pude ver a Mónica que hacía ejercicios de estiramiento en el muro que hacía las labores de baranda del mirador. Desenfundé mi pistola lentamente y continué la ascensión. Mónica no se había percatado de mi presencia cuando llegué a lo alto del promontorio. Me recibió una piedra conmemorativa, en la cual se podía leer que el escritor Ferran Agulló se había inspirado en ese paraje para “bautizar” la Costa Brava. Avancé lentamente hacia ella con mis brazos extendidos y mi arma apuntándola. Eché una rápida ojeada a los laterales de la edificación, pero no había nadie. Por fortuna el mal tiempo había alejado a los turistas.

- Mónica. Levanta las manos, por favor - dije con tono tranquilo y pausado.

- Víctor, ¿que haces aquí? - preguntó con un semblante sorprendido.

- Sabes porqué estoy aquí. ¿Dónde está Raquel?

- contesté mientras sopesaba si su sorpresa era real o fingida.



- No lo sé. Cuando salí del piso ya no estaba.
- No me mientas Mónica. No es buen momento para ponerme a prueba - conseguí balbucear mientras contenía mi ira y daba un paso más hacia ella.
- En serio Víctor, ¿que sucede? - quiso saber acercándose a mi.
- ¡No te muevas! ¡Tú has cometido estos asesinatos, y ahora has secuestrado a Raquel! - grité muy nervioso e intenté calmarme -. Mónica, espero por tu bien que no le hayas hecho nada.
- ¿Y si fuera así? - dijo, mostrando una sonrisa perversa que me hizo estremecer.
- Te mataré. Sin dudarlo un sólo segundo - repliqué intentando no denotar sentimiento alguno.
- Víctor, Víctor, Víctor... - Mónica hizo una pausa teatral - ¿No has comprendido nada?
- Sí, que estás loca, que eres una asesina y que he sido un imbécil por no haberme dado cuenta. ¿Dónde está Raquel?
- Loca... puede. Asesina... quizá. Pero todos mis actos tienen un fin, Víctor, que no sé si llegarás a comprender.
- ¿Un fin? El único fin que veo es el tuyo si no me dices donde... - había empezado a decir cuando ella me cortó.

- ¡No ves que todo esto va más allá de cualquier insignificante persona! - gritó visiblemente alterada -. Aunque me mates, el plan está en marcha y a punto de concluir.

- Realmente estás muy perturbada si crees que el demonio o el anticristo vendrán a verte. ¡Tan sólo has matado a gente inocente!

Mónica soltó una carcajada que bien podía haberse oído en la ciudad, y en un segundo cambió su rostro, mostrando su mirada más despiadada, a la vez que se disponía a avanzar en mi dirección. Apreté con más fuerza la pistola mientras la adrenalina me ascendía a límites que jamás había conocido. Dio dos pasos más al frente. El chasquido del percutor de mi arma la disuadió de seguir su avance. No estaba nada seguro de si podría disparar, pero por fortuna su reacción no fue la esperada. Adelantó sus brazos juntando sus muñecas, mientras mostraba una mirada indefensa, ofreciendo su rendición. Muy despacio saqué las esposas del cinturón, sin dejar de apuntarla con una sola mano.

- Date la vuelta y pon las manos atrás para que pueda ponerte las esposas. No hagas ningún movimiento brusco o tendré que disparar.

Mónica obedeció, girándose y entrelazando sus manos en la espalda. Di un paso adelante y cogí su mano izquierda. Ni siquiera vi venir el golpe. A una velocidad poco usual, Mónica lanzó hacia atrás su codo, impactando en mi diafragma. Caí al suelo, de rodillas, muy dolorido y sin poder respirar. Con el máximo esfuerzo aferré el arma para no dejarla caer, pero ya estaba a su merced. Levantó su pierna derecha y me propinó una fortísima patada en la cabeza que me infligió un extraordinario dolor en la cara y la nariz. Me desplomé hacia atrás y la pistola cayó unos metros a mi derecha. Intenté incorporarme, pero sólo llegué a ponerme de rodillas. Las lágrimas, que se acumulaban en mis doloridos ojos, nublaban mi visión, y gotas de sangre caían sobre mis labios procedentes de mi nariz. El aire volvió a llenar mis pulmones y las lágrimas resbalaron por mi mejilla, devolviéndome parcialmente la vista. Cuando fui a levantarme noté el leve roce del cañón frío de mi propia pistola en mi nuca. Me quedé parado, maldiciendo en silencio. Separó el arma de mi cabeza y me rodeó para ponerse ante mí. Lentamente volvió a descender el cañón, esta vez colocándolo en mi frente. Sopesé mis opciones, pero ninguna era alentadora. Ella era una asesina despiadada y no vacilaría, como yo había hecho, en apretar el gatillo.

- Víctor, te desenvuelves mejor en la cama, cariño - dijo mientras soltaba una carcajada.

- ¿No ha habido suficientes muertes ya? - pregunté intentado ganar tiempo para pensar.
- Casi, Víctor, casi. La tuya no estaba dentro del plan.

Contuve la respiración y cerré los ojos muy fuerte, como si eso pudiera liberarme de la muerte, esperando el disparo que iba a acabar con mi vida. Pero pasados unos diez segundos, que se hicieron eternos, no hubo ruido alguno. Cuando volví a abrir los ojos, Mónica estaba acucillada a mi lado. Me besó suavemente la mejilla y posando sus labios en mi oreja me susurró algo al oído.

- No todo ha sido fingido, cariño. Quizá volvamos a vernos.

Mónica me dio la espalda y se alejó, en dirección a las escaleras, dispuesta a irse. Antes de descender se paró y se giró a observarme.

- Por favor. ¿Dónde está Raquel? - conseguí proferir a través de mis labios que empezaban a hincharse.
- Tranquilo Víctor. El fin está cerca, muy cerca, ya no puedes hacer nada.

- ¡No le hagáis daño! - grité mientras afloraban más lágrimas a mis ojos.

Mónica tiró la pistola y se fue en silencio, dejándome allí, solo y sin esperanzas en medio de la lluvia. Me arrastré como pude para recuperar mi arma. Me incorporé con mucha penuria y una vez recuperada la verticalidad, sonó mi teléfono móvil. Un mensaje de texto. Saqué el aparato y leí el contenido del mensaje. Una sensación de sosiego me llenó el espíritu después de la lectura. Pero duró apenas unos segundos. Como si me hubieran ensartado con una espada salí disparado hacia el coche.

En tan sólo treinta y cinco minutos completé el trayecto entre Sant Feliu de Guíxols y el hospital Josep Trueta, de Girona. Dejé el coche mal aparcado frente a la entrada. A paso ligero me dirigí a la puerta principal y entré. Pocos metros más adelante había un pequeño mostrador que hacía las veces de recepción. El paso al interior estaba flanqueado por una mujer, que pertenecía a una empresa de seguridad. Ésta se sorprendió al ver sangre seca en mi rostro, y me preguntó si había algún problema. Le contesté con un escueto “no” y me adentré en el hospital. Después de un breve pasillo se encontraba el ascensor y las escaleras, en las cuales había un cartel donde se podía ver en qué planta estaba cada departamento. Maternidad,

tercera planta. Me volví hacia el ascensor cuando la guarda de seguridad llegó a mi altura.

- Tranquila, mi mujer acaba de dar a luz - le dije para tranquilizarla.

Sin más interrupciones entré en el ascensor intentando no pensar, como había hecho durante todo el viaje. Las puertas se abrieron en la segunda planta y una pareja sonriente preguntó si el ascensor bajaba. Negué con la cabeza y esperé a que las puertas se volvieran a cerrar. Cuando llegué a la tercera planta todas mis dudas se disiparon. El ruido del llanto de un niño me llegó con tanta fuerza que bien podría haber estado a mi lado. Supe a ciencia cierta que era él. Él me daba la bienvenida.

Seguí un largo pasillo hasta llegar a una sala más amplia, donde se encontraba un mostrador y una enfermera. Pregunté por mi mujer. Habitación 33-B.

El llanto seguía metido en mi cabeza, y no había cesado desde que salí del ascensor. No podía, o no quería creerlo. Todo este tiempo había tenido la solución tan cerca. En mi propia casa. Entré en la habitación. Mi mujer sostenía a mi hijo. El lloro se hizo más penetrante, llegando a provocarme un insoportable dolor de cabeza. Raquel me dedicó una cálida sonrisa. A su lado estaba su madre, que también sonreía. A su otro lado una pequeña cuna de cristal, aguantada por una estructura metálica. Mi

suegra me dedicó unas palabras, lo supe porque movía los labios, pero no pude descifrar que me decía. Por enésima vez la lágrimas se hicieron dueñas de mis cuencas oculares. Raquel estiró los brazos, ofreciéndome a aquel ser que no dejaba de berrear. No podía ser. Él no. Con la cara llena de lágrimas le hice un gesto a mi mujer para que dejara al niño en la cuna. Su llanto cada vez era más insoportable. Sentí desfallecer mis piernas pero me mantuve en pie como pude. ¿Era cierto? ¿Mi hijo era el anticristo? El tiempo se acababa, yo cada vez estaba más débil y el ruido me dejaba casi sin sentido. Entre sollozos logré sacar mi arma. La levanté apuntando a la cuna, pero sin lograr mantenerla firme. Vi a Raquel y su madre que empezaron a gritar mientras me miraban atónitas, pero no lograba escuchar nada, tan sólo el llanto, que a punto estaba de llevarse mi cordura, o quizá a devolvérmela... El estruendo ensordecedor de mi pistola reglamentaria dio paso a un silencio liberador. En un mar de lágrimas, caí de rodillas, dejando escapar la pistola. No podía escuchar ni sentir nada, ni siquiera la sangre de mi difunto hijo, que manchaba mi rostro.

El mundo sería libre. Yo estaba condenado para toda la eternidad.





# EPÍLOGO

¿Que quieren que les diga? En los más de dos meses que llevo encerrado en el centro psiquiátrico de Salt, no he dejado de preguntarme un solo día, por no decir minuto, si realmente salvé al mundo, o si tan sólo asesiné a mi hijo neonato. Realmente quiero creer que miles de millones de personas, incluidos ustedes, siguen respirando gracias a mi sacrificio, a mi enorme y doloroso sacrificio. Pero les aseguro que, aunque sigo convencido de ello, no logro quitarme la pena de dentro. Por no hablar de Raquel.

Raquel vino a visitarme al centro dos semanas después del incidente, el tiempo que necesitó para armarse de valor y poder mirarme a la cara. Llegó con los ojos enrojecidos. Probablemente debía haber estado las dos semanas llorando sin consuelo por la pérdida, y sin saber realmente mis motivos para hacer lo que hice. Cuando estuvo ante mi y consiguió mirarme a los ojos, contuvo las lágrimas, que estaban a punto de aparecer en los suyos, y, después de un suspiro, me hizo una sola pregunta.

- ¿Por qué Víctor?

Procedí a explicarle toda la historia, a sabiendas que no la creería, y que, al igual que la policía, pensaría que estaba loco, que merecía estar encerrado, o quizá algo peor. Observé cómo me miraba mientras le contaba todo lo que sabía y descubrí en su mirada que intentaba creerme, en primera instancia, más adelante que aunque me creyera no podría perdonarme, y en último lugar descubrí lo peor que me pudiera haber esperado: lástima y condescendencia.

Raquel siguió visitándome con, lo que me pareció, muestras de ligera mejoría, tanto física como anímica, pero nunca me dijo si creyó mi exposición de los hechos o no, y yo tampoco me atreví a preguntarle. Sus visitas se espaciaron a dos semanales, después de las dos primeras visitas, para pasar a una semanal, transcurrido el primer mes, y hace dos semanas me concedió la última. En ninguna de las anteriores habíamos hablado en exceso, nos contábamos qué hacíamos durante el día y lo que nos costaba a ambos dormir por las noches. En su última visita, no me preguntan porqué, supe que no iba a verla más, pero no pude decirle nada. Estuvo más callada que de costumbre, y su mirada ya no me demostraba pena, sino algo nuevo que no supe distinguir.

La semana pasada me vino a ver su madre, que ni me miró, le dijo a los guardas que esperaran dentro de la habitación de visitas, ni siquiera se sentó en la silla y tan sólo dejó un sobre en la mesa. Supe que era la despedida de Raquel, que no se había querido despedir de mí en persona. Pero lo que descubrí en la carta estaba algo lejos de lo que había pensado:

*“Querido Víctor:*

*Aún no entiendo como puedo seguir queriéndote. Hace ya bastantes años te conté que nuestra relación había sido una bendición, que estábamos destinados a estar juntos. Siempre pensé que así sería, para toda la vida. Pero ya no puedo más. He estado semanas pensando en tu increíble historia, dándole vueltas y más vueltas, sin saber si creerte o no. Esta misma mañana he conseguido llegar a la resolución. Sigo con la misma duda que antes, pero con la seguridad de que, sea cierta tu historia o falsa, no podré perdonarte jamás que me arrebatas a mi hijo, al fruto de nuestro amor.*

*Sabiendo que, aunque lo he intentado, no puedo odiarte, y que mi dolor supera todos los límites que nunca hubiera podido sospechar, he decidido poner fin a todo esto de la única manera en la que puedo intermediar. No pienses que no quiero volver a verte,*

*ni que no me atrevo a despedirme en persona, tan sólo es que te quiero demasiado para decirte adiós mirándote a los ojos.*

*Te quiere, siempre te querrá y te esperará en algún lugar*

*Raquel"*

Evidentemente sabía qué quería decir, pero deseché la idea varias veces hasta que leí el diario al día siguiente. Al cabo de unos días la agente Nuria, en una de sus pocas visitas, vino a contarme los detalles. Raquel había engalanado el baño como en sus mejores días, utilizando muchas de las centenares de velas de las que se podían encontrar en nuestro piso, se había aprovisionado de la discografía de Bruce Springsteen en su Ipod, y se había servido una copa del mejor caldo que teníamos en nuestro hogar, un Viña Tondonia del 2.001. La única nota discordante de una velada con un buen baño relajante era el cuchillo que se encontró dentro de la bañera, que había utilizado para cortar las venas de sus dos muñecas, para así poder alejarse lo máximo posible de cualquier atisbo de odio hacia mí y, como inevitable consecuencia, poner fin a su vida y su dolor. Cientos de recuerdos inundaron mi cabeza. La primera vez que vi su bello rostro. Nuestra primera cita. Cuando entramos a vivir

en nuestro piso. Su sonrisa. Sus pequeñas manías. Sus virtudes. Nuestro efusivo beso en el altar...

Y en este justo instante entra Ernest por la puerta. Se le ve abatido. Aún no había venido a verme, pero sabía que vendría en algún momento. Capto algo parecido a la pena en sus ojos.

- Hola Víctor, ¿cómo estás?

- Hago lo que puedo, ¿y tú? Se te ve cansado.

- Bueno, no han sido mis mejores días estos últimos. Ya no soy inspector, me han degradado. Además he sido trasladado a la unidad de seguridad ciudadana de Girona. Ahora tendré más tiempo para venir a verte.

- No lo entiendo Ernest. ¡Hemos salvado el mundo! Tú degradado y yo encerrado. ¿Así nos lo agradecen?

- ¿Qué dices Víctor? - dice Ernest mientras cierra con fuerza los ojos y se da un masaje en el puente de la nariz.

- Llamad a Daniel. El encontrará las pistas y os demostrará que estoy en lo cierto.

- ¿Quién es Daniel? - pregunta Ernest con cara confusa.

- No me vengas con cuentos. Sabes quien es Daniel Cabello. Tú llamaste a la división de

investigación criminal de Sabadell para que viniera a ayudarnos.

- Te equivocas Víctor. Nadie de la DIC de Sabadell ha venido a ayudarnos. Daniel Cabello es el escritor del libro sobre sectas satánicas que tenías sobre tu mesa. Supuse que de allí habías sacado todo lo que sabías.

- ¡No! Daniel me lo explicó todo. ¡Pero si estuvo en tu despacho y habló contigo!

- Víctor. No hay ningún agente llamado Daniel Cabello. Y mucho menos que haya hablado conmigo.

Un súbito dolor de cabeza me nubla la vista. Intento buscar en mi memoria los pocos recuerdos de Daniel y la evidencia me devuelve a la realidad con mis ojos fuera de sus órbitas. Daniel no habló con Ernest en ningún momento. Ni con Mónica. Ni con los Amat. Ni con ninguna otra persona. Estuvo en todo momento a mi lado, pero sólo en mi mente.

- Víctor, siento decirte que todas estas muertes eran obra de una red organizada para conseguir órganos para trasplantes.

- ¿Cómo?

- Sí Víctor. Ayer detuvieron a Mónica, cerca de La Bisbal d'Empordà. Confesó pertenecer a dicha

red, haber cometido un asesinato y estar implicada en cinco más. Por desgracia no se ha podido detener a nadie más. La cúpula alta estaba formada por un par de médicos, que están en busca y captura. Ellos extraían los órganos de las víctimas aún en vida, y los vendían a familias adineradas, cuyos hijos precisaban de algún órgano. Así evitaban listas de espera. Alfonso Lopez, el empleado del centro médico, informaba de las personas compatibles, ya que tenía acceso a las historias de los pacientes del centro. Además suministraba Rohipnol al brazo armado de la organización: Mónica y sus dos matones de raza árabe. Alfonso y los matones tampoco han tenido mucha suerte. Los encontraron muertos días antes de la detención de Mónica. Por desgracia Mónica no quiere hablar de nada más, y los altos mandos de la organización seguirán libres.

Intento pensar en todo lo que me está diciendo Ernest, pero no puedo hacerlo con claridad. ¿He matado a mi hijo en vano?

- Cuidate Víctor. Nos vemos - Ernest se despide y sale cabizbajo por la puerta.

Joan también dejó de visitarme, creo que al cabo de dos semanas de mi ingreso, pero ahora entiendo su ausencia. Estoy seguro de que si preguntara en la cafetería nadie diría que le había visto nunca, que yo siempre pedía un café solo de más y nunca lo bebía. También me dirían que solía hablar solo mientras leía el diario. Joan era una proyección de mi mente, la parte más oscura y reprimida de mi cabeza, mi otro yo, el que quería creer, el que era invisible al resto de mortales, el que era odiado hasta por mi otra mitad, el que pudo matar a sangre fría...

¿Creen ustedes que un loco es consciente de serlo?



## Agradecimientos

*Me gustaría expresar mi agradecimiento a mis padres, hermanos y amigos, ya que me han ayudado a convertirme en la persona que soy. También debo agradecer a Arantxa sus constantes lecturas de mis borradores; a Paula su incesante ánimo; a Carlos que me explicara el funcionamiento básico de los Mossos d'Esquadra; y a un sinfín más de personas que me han apoyado en esta aventura. Por último, pero no menos importante, a Gerardo, por sus ánimos, sus correcciones y sus constantes enseñanzas.*

*Pero no puedo olvidarme de aquellas personas que me han decepcionado, que han intentado perjudicarme, que me han mentido, etc...; ya que sin ellos no habría podido ver la clase de persona que no quería ser.*

*A todos ellos: gracias, de todo corazón.*